

# MI PRIMERA VEZ

Historias de mujeres en carne propia



HISTORIKAS

En *Historikas* es fundamental establecer diálogos intergeneracionales entre mujeres y contar nuestras propias historias sin intermediarios. Por ello, no cabemos de la emoción al ver materializado este proyecto.

En **Mi primera vez. Historias de mujeres en carne propia**, reunimos los textos de 16 escritoras mexicanas que narran la primera vez que vivieron una experiencia de vida que las marcó. Las autoras **Ana Laura Corga, Andrea González Cruz, Ángeles Sanlópez, Anilu Zavala Alonso, Belén Carvente, Belem Eslava, Claudia Fernández, Jimena De los Santos Alamilla, Margarita Rivero, María Inés Canto, María Jesús Méndez, Mayra Escamilla, Miranda Campos, Nancy Medellín, Natyeli Montiel, Olivia Carmona Hernández y Yuri Bautista** comparten sus relatos desde diferentes territorios. En ellos, narran vivencias íntimas y significativas, con las que podrás identificarte.

Esperamos que por medio de estas lecturas de vida experimentes enojo, alegría, placer, valentía y complicidad. Así como inspiración para romper con la tradición del silencio que por siglos fue impuesto a las mujeres.



HistorikasMX

# MÍ PRIMERA VEZ

Historias de mujeres en carne propia



# MÍ PRIMERA VEZ

Historias de mujeres en carne propia

Ana Laura Corga, Andrea González Cruz,  
Ángeles Sanlópez, Anilu Zavala Alonso, Belen Carvente,  
Belem Eslava, Claudia Fernández, Daniela Caballero,  
Jimena De los Santos Alamilla, Margarita Rivero,  
María Inés Canto, María Jesús Méndez, Mayra Escamilla,  
Miranda Campos, Nancy Medellín, Natyeli Montiel,  
Olivia Carmona Hernández, Yuri Bautista

Antologadora  
Ángeles Sanlópez



*Mi primera vez. Historias de mujeres en carne propia*  
Histórikas  
Primera edición: enero de 2025

© De la edición: María de los Ángeles Sánchez López, 2025  
© De las ilustraciones: Kenia Lara, 2025  
© De los textos, sus autoras, 2025

Histórikas. Proyecto dedicado a la divulgación de la Historia de las mujeres.

[www.historikas.com](http://www.historikas.com)  
[historikasmx@gmail.com](mailto:historikasmx@gmail.com)

Antologadora  
Ángeles Sanlópez

Cuidado editorial  
Andrea González Cruz  
Laura Valentina Medel Delgado

Correctora de pruebas  
Laura Valentina Medel Delgado

Diseño y formación editorial  
David Cruz Galicia

Revisión de maquetación  
Raquel Hoyos Guzmán

Diseño de la cubierta  
Kenia Lara (@yellowpuffly)



Algunos derechos reservados. Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional. Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, pero debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. No puede hacer uso de esta obra con propósitos comerciales, ni remezclar, transformar o crear obras derivadas, ni distribuir el material modificado.

## Índice

ÁNGELES SANLÓPEZ	
Introducción . . . . .	9
DANIELA CABALLERO	
Prólogo . . . . .	11
JIMENA DE LOS SANTOS ALAMILLA	
Un corazón buscaba yo . . . . .	15
BELEN CARVENTE	
La mamá de Soledad . . . . .	19
NATYELI MONTIEL	
Un cuerpo de princesa: la primera vez que tuve un trastorno alimenticio . . . . .	23
BELEM ESLAVA	
Mi primer acoso . . . . .	27
MARÍA JESÚS MÉNDEZ	
Story Time de cuando reprobé cuatro materias y no logré graduarme “a tiempo” (mi primer fracaso) . .	31
ANA LAURA CORGA	
Autoconocimiento sexual . . . . .	35
NANCY MEDELLÍN	
Tomar una decisión trascendente . . . . .	39

OLIVIA CARMONA HERNÁNDEZ	
En silencio . . . . .	43
YURI BAUTISTA	
La historia de mis orgasmos . . . . .	47
MAYRA ESCAMILLA	
Mi debut como profesora de inglés . . . . .	51
ÁNGELES SANLÓPEZ	
El día que aprendí que el metro no es un lugar seguro para las mujeres . . . . .	55
CLAUDIA FERNÁNDEZ	
El primer rencuentro conmigo . . . . .	59
ANDREA GONZÁLEZ CRUZ	
La primera vez que prendí un boiler . . . . .	61
MARGARITA RIVERO	
Sueños cristalizados . . . . .	65
ANILU ZAVALA ALONSO	
Telones . . . . .	67
MARÍA INÉS CANTO	
El lenguaje del fuego . . . . .	69
MIRANDA CAMPOS	
Mi primer cambio corporal . . . . .	73
Autoras y colaboradoras . . . . .	81

ÁNGELES SANLÓPEZ

## INTRODUCCIÓN

*Te cuento cómo inició esta aventura*

Todo comenzó formalmente en enero de 2024. Los días fueron pasando y, el 11 de enero, escribí una invitación que quedó guardada en el borrador de mi correo de Google, porque la vida siempre presenta “situaciones más urgentes”. Fue hasta abril de 2024 que, con muchos nervios, finalmente envié un correo saludando a varias compañeras y amigas, convocándolas a participar en esta aventura Histórica. La invitación para ser parte de una publicación autogestiva y colectiva bajo el tema “Mi primera vez”, fue extendida a mujeres que sé que sienten pasión por la lectura y la escritura.

La idea era reunir las experiencias de mujeres diversas sobre la primera vez que realizaron una actividad o enfrentaron una situación significativa que desearan compartir con otras mujeres. Al inicio, pensé en dirigir las historias a adolescencias, pero luego comprendí el valor de un diálogo intergeneracional entre mujeres que contribuyera a romper con la tradición del silencio sobre la que Gloria Anzaldúa, Audre Lorde, bell hooks y muchas mujeres, nos han concientizado a través de sus letras. El resultado fue una obra escrita a muchas voces, que nos lleva a conocer los recuerdos más íntimos alojados en la memoria de cada una de las escritoras aquí reunidas, algunos de los cuales permanecían encapsulados.

Para esta antologadora que se asume tallerista, historiadora, lectora, escritora, feminista, ruidosa, maestra, risa fácil, investigadora y chismosa, contar nuestras historias es un acto político reivindicativo que nos dignifica. Además, colectivizar a través de la escritura algunas de nuestras primeras veces permite que otras mujeres, a partir de las experiencias de las otras a las que leen, se identifiquen, se sensibilicen, se frustren, se enojen, sonrían, experimenten placer, valentía y sientan complicidad.

A las autoras: Jimena de los Santos, Belen, Natyeli, Belen, María Jesús, Ana Laura, Nancy, Olivia, Yuri, Mayra, Claudia, Andrea, Anilu, Margarita, María Inés, Miranda, agradezco infinitamente por compartir sus poderosas letras. A la querida prologuista estelar, Daniela, agradezco las bellas palabras con las que acompaña esta antología. También expreso mi gratitud a Andrea, Laura y Raquel; por su valioso cuidado y acompañamiento editorial; a Kenia, por crear la hermosa personalidad visual; y a David, por formar y diseñar este increíble libro. Gracias a todas por ser parte de esta aventura. Estoy muy agradecida.

Gracias a mi amada familia y a las compañeras y amigas que se han acercado a Histórikas, proyecto dedicado a la divulgación de las historias de las mujeres, por hacer comunidad. Deseo que sigamos sembrando juntas.

Gracias a mi sobrina Gaby, por motivar este libro.

Ángeles Sanlópez  
7 de noviembre de 2024

DANIELA CABALLERO

## PRÓLOGO

### *Escribir nuestra Historia*

En los libros de historia se cuentan hazañas y se enumeran fechas que, luego, nos obligan a memorizar para los exámenes. Muchas crecimos cargando libros de texto cuyo contenido era una historia que se nos dijo era nuestra; sin embargo, aquellos relatos eran ajenos a nuestra realidad: todas las veces los protagonistas de esas narraciones eran hombres.

Así fueron escribiendo la Historia, relegando y ocultando la huella de las mujeres en el mundo. Poco o nada se nos menciona en aquellos escritos acartonados. ¿Qué necesitaba hacer una mujer para figurar en los libros de historia? ¿Liderar una batalla, firmar tratados, batirse en duelo, ir a reuniones importantes, tomar el poder con violencia?

En una marcha feminista leí una consigna que decía: “No somos histéricas, somos históricas”. Y es que la historia de las mujeres se cuenta y se vive en otros lugares; se empieza a escribir en la cocina, en las aulas escolares, en las habitaciones, bajo las sábanas, en los autos, en el metro, en un departamento sin cortinas, en terapia, con las amigas y con las ancestras.

No es que no existiéramos antes, es que nuestra genealogía se transmite en los relatos de las madres, de las abuelas, de las tías, primas, hermanas y amigas. Es a través de su

memoria y su existencia que una se encuentra y recopila su linaje. Escribió Coral Herrera que lo que le pasa a una, nos pasa a todas; en cada acontecimiento que relatamos se desvelan las luchas que van escribiendo la Historia de las Mujeres.

Es por todo lo anterior que “Mi primera vez. Historias de mujeres en carne propia”, es un registro de gran valor histórico. Cada texto recopilado aquí, plasma una primera vez que han vivido sus autoras y que hemos experimentado muchas de nosotras. Son diecisiete testimonios atravesados por la cuerpa y las emociones.

Este libro es un viaje en los recuerdos y las huellas de la potencia y la resistencia de mujeres mexicanas. Aquí sí podremos reconocernos e identificarnos en los sentimientos de miedo, vergüenza, ansiedad y en relatos que denuncian la violencia y la injusticia hacia las mujeres. Pero también, nos encontraremos en las experiencias de sororidad, en nuestros sueños, placeres, deseos y en nuestras enormes cualidades de cuidado, autocuidado y autodefensa.

En esta antología las protagonistas son las maravillosas autoras con voces potentes y escrituras agudas, brillantes, sensibles y conmovedoras, pero, a la par, las protagonistas seremos también nosotras, lectoras, en esta provocativa invitación a echar a andar la memoria y recordar cuál primera vez es la que más nos ha marcado y que puede evocar sensaciones amargas o muy dulces.

Desde *Histórikas* se ha realizado un importante trabajo de rescatar las vidas, experiencias, saberes y sentipensares como el insumo para el devenir del estudio de nuestra historia, una que nos represente y que signifique algo más que una listado de fechas, acontecimientos y monumentos.

Jimena, Andrea, Ana Laura, Mayra, Olivia, Nancy, Belén, Miranda, Belem, Claudia, María Jesús, Natyeli, María Inés,

Margarita, Ángeles, Anilu y Yuri son las autoras de este trabajo, cuyas vivencias y hazañas son lo bastante poderosas para estar en los libros de historia. Son ya un grupo de mujeres pioneras, rebeldes e históricas.

Como este libro recoge apuntes históricos, me gustaría añadir uno más: mi primera vez escribiendo el prólogo de un libro, esperando poder transmitir en este pequeño atisbo la genialidad de esta antología, siendo una manera de incentivar a otras a sumergirse en ella para ser, también, las artífices y protagonistas de la Historia de las Mujeres.

Daniela Caballero  
noviembre de 2024



JIMENA DE LOS SANTOS ALAMILLA

## UN CORAZÓN BUSCABA YO

¿Qué sonido le pondrías al latido de un corazón?

Se cree que eso depende del idioma que hablamos: *bum-bum, tu-tump, tokh-tokh, doki-doki, dag-dig-dug*. En lo personal, para mi es *tuk-tuk, tuk-tuk, tuk-tuk*.

El otro día le pedí a varias amigas que me enviaran audios imitando los latidos del corazón y, aunque todas compartimos una lengua materna, las respuestas fueron en ritmos y sonidos diferentes. Pensar en un corazón humano me da cierta curiosidad, pero no siempre fue así.

En mis primeros cinco años de vida no era plenamente consciente de todo lo que implica habitar una cuerpo humana. El recuerdo es en partes difuso, solo alcanzo a mirarme encima de una hamaca, meciéndome mientras veo la televisión; algún programa me hizo entender que si mi corazón dejaba de latir perdería la vida. Me acerqué a preguntarle a mi tío Hiram si aquello era cierto, lo cual él confirmó. Sentí como si una neblina densa, igual a la que cubre esta ciudad en época de lluvia, me rodeara por completo. Ahí comenzó todo. Hace un par de años me di cuenta de que ese pensamiento fue el que marcó el inicio de una vida acompañada por la ansiedad.

De alguna forma, la Jimena de cinco años creyó necesario volverse guardiana de su propio corazón, procurar que este se mantuviera latiendo para preservar su vida. La única alternativa que encontré, en aquel entonces, constaba de tocar mi pecho para corroborar que mi corazón

estuviera en orden. Solía hacerlo con bastante frecuencia, sobre todo en situaciones que me ponían nerviosa, por ejemplo, cuando mis papás peleaban, si tenía que hablar en la escuela durante el homenaje de los lunes, cuando la maestra pedía responder a una pregunta que, francamente, no había escuchado, o cuando mi cuarto quedaba a oscuras. Tener las manos en el pecho y saber que mi corazón seguía latiendo se volvió mi lugar seguro.

Tal vez abusé demasiado de este recurso, o al menos lo suficiente como para que mi mamá se diera cuenta. Tengo un recuerdo claro de nosotras dos y mi hermano esperando en un consultorio médico. En aquella época mi hermano era asmático y estábamos esperando su turno para ser atendido. A mí me ponía muy nerviosa verlo tener crisis de asma, e incluso verlo usar su respirador, así que en lo que llegaba el momento de pasar a consulta me toqué el pecho para confirmar que, en efecto, mi corazón seguía latiendo y yo estaba viva. Entonces, mi mamá me descubrió. Le expliqué mis razones y, de una forma muy yucateca, ella me dijo “ya deja eso, chiquita”. Aún en estos tiempos me sorprende a mí misma llevando mis manos a mi pecho cuando busco sentirme reconfortada. Ahora me digo que, más bien, necesito platicar con mi corazona y que ella me asegure que seguimos de pie, juntas. Este gesto ha marcado una relación muy particular con mi cuerpo, sus dolores, padecimientos, enfermedades y la ansiedad como una sombra que siempre está a mi lado, con la que he aprendido a convivir de diversas maneras con el paso del tiempo.

Debo reconocer que este ejercicio cotidiano de escalar la telaraña de mis ansiedades, telar que yo misma me he encargado de urdir (para bien y para mal), no podría lograrlo sola. En la paciente calma de las hojas de naranja

hervidas con la ternura de mi mamá, para conciliar las crisis nocturnas; en la compañía de amigas y hermanas que, con toda su amora, me sostienen, me escuchan, leen y entienden cuando mi ansiedad es una neblina tan densa que me impide ver más allá de lo que mis temores me permiten; en las letras de tantas escritoras que me recuerdan que mis tempestades internas son temporales: la creatividad es un corazón que late permanentemente.



BELEN CARVENTE

## LA MAMÁ DE SOLEDAD

Me subo al Uber, feliz. *Br-vr*. Vibra mi celular.

*Br-vr*. Otro mensaje.

*Br-vr*. Uno más.

Quiero contestar pero sé que, si me concentro solo un minuto en el celular y no mirando hacia afuera, me voy a marear. La realidad es que nunca he tenido auto, ni mi familia lo tuvo cuando yo era niña.

Se supone que las infancias comúnmente se marean al transportarse porque su cerebro aún se está desarrollando. Por otra parte, el auto es un artefacto tan nuevo (el primero en México se compró hace ciento treinta años y la humanidad en la Tierra tiene como doscientos mil años) que nuestro cerebro no ha tenido oportunidad de adaptarse a los estímulos del movimiento moderno.

Para entrar en personaje, conflictuado por la realidad física dentro de un auto al que no ha tenido tiempo de adaptarse, imagina una puesta en escena con los siguientes tres personajes dentro de un carro: la cuerpa, el oído interno y la visión.

**Cuerpa.** Está sentada.

**Oído interno.** Vamos a toda velocidad. Vuelta, otra vuelta,

f r e n o,

*movimiento,*

ba<sub>che</sub>,

velocidad máxima de nuevo.

**Visión.** Como de camaleón; un ojo hacia el movimiento y otro dentro del coche, puesto en el celular.

Si la visión no le ayuda al oído interno y le asegura que estamos en movimiento, la cuerpo sentirá cosas parecidas al envenenamiento y, entonces, llegarán el mareo y el vómito que ayudarán a arrojar aquello que, se supone, nos está envenenando. Y la verdad es que a nadie le gusta vomitar. Así que las notificaciones en el celular tendrán que esperar porque, si como yo, no le ayudaste a tu cuerpo de niña a acostumbrarse a esos movimientos que generan mensajes contradictorios en el cerebro, la cuerpo adulta—con su cerebro de adulta y su cero adaptación, heredada desde hace doscientos mil años— va a lamentarlo.

Me pongo melancólica al pensar en los viajes en auto: solo 29% de las personas en México tiene auto propio. Eso quiere decir que, más o menos, siete de cada diez personas mexicanas se marean, como yo, dentro de ellos. Y que alrededor de noventa millones de personas tuvieron su primera experiencia en auto al subirse a uno ajeno.

La primera vez que me subí a un auto, no un taxi, ni microbús, ni metro, sino a uno particular, estaba muy nerviosa. Era el auto de la mamá de una de mis mejores amigas de la secundaria.

Espero junto a Soledad y Raquel, con la pared **rojo granada** de la secundaria a nuestras espaldas. Veo llegar el carro.

Las manos sudando.

*¿Qué se hace dentro de un auto? ¿En dónde me sentaré?*

Las manos me sudan más, no quiero que noten que no sé qué hacer.

Abro la puerta que me queda más cerca y me siento rápidamente en el lugar del copiloto. Finjo saber todo sobre autos. Sonríe y pregunto:

—¿Cómo está señora? Buenas tardes.

Sí, que se noten mis modales y mi buena cultura.

—Ponte el cinturón de seguridad, hija, por favor.

*Zoom-in* a mi cara. Los ojos se me hacen grandes, pero trato de parecer calmada, como si supiera exactamente qué se hace al ponerse un cinturón de seguridad.

¿Lo han pensado? Los cinturones de seguridad en los autos no son intuitivos, tienen una parte cruzada, otra parte en el estómago y una hebilla que se parece a la de otros cinturones de seguridad que tampoco conocía aún; en ese momento de mi vida no había viajado fuera de la ciudad ni en autobús, ni en avión.

Lo tomé con naturalidad. Mi corazón estaba tratando de salir del pecho.

Mi cara en tranquilidad absoluta.

Me puse el cinturón de la manera más absurda posible: lo jalé hacia mi izquierda, para abrocharlo, pero como me lastimaba mucho el cuello, mi intuición me susurró que un objeto de SEGURIDAD no tendría que generar incomodidad. Así que pasé hacia atrás de mi cuello el lado que originalmente va cruzado y sonreí.

La hazaña había terminado y nadie tuvo que darse cuenta de mi falta de mundo.

Suspiro profundo.

No sé qué estuvieron haciendo el resto de mis amigas en la parte trasera de aquel auto color arena, pero en la parte delantera sucedió la magia: la mamá de Soledad volteó a verme con la expresión más pura de ternura, tomó mi hombro, me sonrió y gentilmente acomodó el cinturón sin decir una palabra. Nadie tuvo que darse cuenta y la burla no tuvo que presentarse. Fue, desde entonces, un secreto entre ella y yo.

Nosotras S I E M P R E atesoramos secretos.

Me pongo melancólica al pensar en los viajes en auto: siete de cada 10 personas mexicanas podrían haber pasado por lo mismo. Espero que las otras seis hayan encontrado a una mamá como la de Soledad, alguien que les dijera con solo un gesto que no había por qué avergonzarse al no saber hacer algo, al hacerlo por primera vez.

NATYELI MONTIEL

## UN CUERPO DE PRINCESA: LA PRIMERA VEZ QUE TUVE UN TRASTORNO ALIMENTICIO

*Si sueñas algo más de una vez,  
seguro que se hace realidad.*

Aurora, princesa de Disney

Crecí entre películas. Mi tía Yiyi nos cuidaba mientras atendía un videoclub. En los noventa no había TikTok, YouTube, Facebook ni nada parecido, así que al tener películas alrededor, mi hermana y yo nos dedicábamos a mirar las que estuvieran disponibles. No fueron ni una, ni dos, ni tres: en los ratos libres miramos cada película de Disney por lo menos unas diez veces.

*Cenicienta, La Bella Durmiente, Blancanieves, La Sirenita, Pocahontas y Aladino*, todas las princesas que aparecen en esas historias se convirtieron en mis referentes de mujeres en la infancia. Ellas y sus historias llenas de drama, de un amor eterno, de perseguir un destino, se convirtieron en mis enseñanzas diarias, y fue así como a la joven edad de siete años, crecí con la idea de que lo mejor que podría pasarme en la vida sería ser amada por un hombre. No me sentía una princesa ni aspiraba a serlo, pero algo dentro de mí me decía que solo así podría ser feliz realmente.

¡El amor!, el amor... Desde niña quería sentirme amada, aspiraba a un amor eterno, de película. Ni siquiera sabía lo que era el amor, ¿un fueguito en el pecho?, ¿el rojo en

las mejillas cuando me sonreía algún niño?, ¿el calorcito en la frente de pensar que alguien me estaba viendo? No tenía idea, pero sabía que quería sentirlo. No importaba cómo, ni con quién, porque según las películas, el amor supera todas las fronteras. Y sí, sabía que mi familia me amaba, o al menos eso decían, pero tampoco me parecía suficiente: esto debía ser algo diferente. Quería sentir el brillo en la mirada de alguien al verme, sentir que alguien cruzaba reinos y luchaba contra dragones por mí. Así, poco a poco, fui construyendo una receta para alcanzar ese codiciado destino.

### **Primer ingrediente: una apariencia excepcional**

¿Qué tenían en común todas las princesas de las historias de Disney? Sí: una estrecha cintura, facciones finas, cabello largo. Fue justo en la secundaria cuando sucedió. Mis compañeras empezaban a tener novio, pero no todas, solo las más bonitas, las más desarrolladas, las de la cabellera más larga y sedosa. En ninguno de esos parámetros entraba yo. La frustración fue creciendo día a día hasta sumirme en un estado de letargo, cansancio por pensar que algo estaba mal en mí, que no importaba cómo me veía, lo que hiciera o dejara de hacer, nunca bastaría para que alguien quisiera entablar una amistad conmigo, y mucho menos una relación de noviazgo. “Tienes que quererte primero”, “¿por qué eres tan insegura?”, “¿por qué eres tan callada?”, “eres rara, mamona”. Voces siempre abrumadoras me susurraban al oído y me decían que mi existencia era desagradable, infortunada, que no tenía nada de atractivo para los demás.

El único motivo de conversación con mis compañeras y compañeros en la secundaria era: “¿me pasas la tarea?”.

Si respondía que no, se volteaban y decían cosas como: “¡qué presumida! Se cree mucho”. Si respondía que sí, me usaban. Definitivamente, los de la secundaria no fueron los mejores años de mi vida. Es más, si pudiera definirlos en una sola expresión sería esta: UN TORMENTO. Mis calificaciones eran destacadas, incluso gané una beca de excelencia, pero eso resultó aún más repelente.

Por mi mente pasaban cierto tipo de pensamientos: ¿qué era lo que estaba mal conmigo?, ¿por qué resultaba tan repugnante para todos? Tuve momentos de crisis muy profundos: quería llorar, pero no podía; quería gritar, pero tampoco hallaba fuerzas; quería salir corriendo y nunca regresar. Mi cabeza solo llegaba a una conclusión: es por tu aspecto. Mi reflejo no podía mentir: cabellos rizados, necios, aquella piel grasosa, mis pequeños ojos, el tamaño de mi nariz, los tantos lunares en la cara y el rostro, mi figura tan escueta, sin curvas.

A mis quince años quise empezar por algo: ser delgada, tener un “cuerpo bonito”. En mis libros de Ciencias Naturales y Biología se mencionaba algo sobre calorías; empecé a contarlas, buscaba los alimentos que tuvieran menos; tomaba mucha agua y masticaba chicle todo el tiempo para calmar mi ansiedad. Los estragos no faltaron: se me caía el cabello, tenía frío todo el tiempo; dejé de menstruar, primero dos meses, luego tres, hasta un año completo. A la hora de la comida llegaba la batalla campal, mi mamá gritándome porque: “¡¿quién me creía para despreciar su comida?!”. ¿Cuánto tiempo duró todo aquello? No lo sé. Solo sé que cada segundo fue tormentoso. Seguía sintiéndome aborrecible.

¿Mi salvación? Los libros. Solo ahí encontré historias diferentes a las que conocí en Disney. Encontré otras

voces, otras realidades, otros mundos. No sané por completo, pero he aprendido a disfrutar la comida, empecé a relacionarme más con otras personas y a disfrutarme a mí misma.

¿El amor? Demasiado complejo para encerrarse en historias de princesas. Los libros me llevaron a buscarlo en mí. Recuerdo en especial la trilogía de Isabel Allende, *Memorias del águila y el jaguar*, que llegó a mis manos gracias a mi amiga Dianita; fue mi salvavidas y mi faro en la oscuridad.

Amarse, disfrutarse, vivir la vida. Me hubiera gustado mucho saber todo esto a los quince años; quizá, entonces, me hubiera atrevido a hacer más cosas, a salir, a arreglarme y vestirme como se me diera la gana. Quizá así hubiera podido interiorizar la idea de que mi cuerpo es mío y solo mío, que no hace falta que me vea o sea delgada para ser amada, que mi cuerpo es la plenitud donde habita mi libertad.

BELEM ESLAVA

## MI PRIMER ACOSO

Qué extraño es juntar las palabras “primer” y “acoso” en una misma frase. Las implicaciones son muchas: que después del primero vendrán (¿necesariamente?) otros, que no soy la única que ha pasado por esta experiencia, que como las graduaciones y otros hitos de nuestras vidas el acoso es, quizá, un rito de pasaje, pero ¿hacia dónde?, ¿hasta cuándo?, ¿por qué?

Quizá me costó trabajo reconocer ese primer acoso porque no cumplía con las características de lo que escuchaba narrar a las amigas o lo que llegué a escuchar en algún medio. Mi acosador no fue un hombre mayor ni poderoso, sino un estudiante de secundaria, como yo.

Tenía once años cuando entré a la secundaria y mi mente era una nube de sueños y fantasías: deseaba que los robots que veía en las caricaturas realmente existieran, que pudiera transformarme en otra cosa, que pudiera viajar a otros planetas con solo conjurar un hechizo.

Hacía poco tiempo que había descubierto sensaciones nuevas en mi cuerpo y me había tomado la libertad de dibujar en un cuaderno viejo lo que mis manos adivinaban bajo mi ropa. Pero la idea de un novio, por extraño que parezca, no estaba en mi radar; quizá por eso tardé en darme cuenta de que un chico alto y pelirrojo de otro salón gritaba mi nombre cuando me veía.

No se acercaba a mí para hablarme, no me preguntaba cosas, yo no sabía quién era, pero él gritaba mi nombre,

cada vez con más frecuencia, cada vez más fuerte, hasta que fue imposible no notarlo. Pero como el llamado no venía acompañado de una petición o de algo específico, no tenía idea de qué era lo que él esperaba de mí, así que pasaba de largo.

Eventualmente, el chico se acercó a mí y me pidió ser su novia; mientras hablaba, mis ojos se enfocaban en sus labios húmedos y la idea de juntar mi boca con la suya me pareció asquerosa; no hace mucho había visto un episodio de un anime en el que unos alienígenas observan a dos humanos besándose y les parece la cosa más inexplicable y aterradora del universo. Mientras mis ojos observaban la saliva y los dientes asomándose por la boca de aquel chico, pude entender perfectamente a los alienígenas de la caricatura. Por eso le dije que no y me alejé.

A partir de ahí los llamados, los encuentros, las demandas se hicieron cada vez más frecuentes, más urgentes. La escuela se volvió una trampa expuesta a la que debía regresar cada día. Cada mañana empezaba con la necesidad de buscar alguna forma de escaparme de la vista del chico, ¿por qué la magia no podía existir en la realidad?

No se me ocurrió acusarlo, comentarles a mis padres o buscar alguna forma de solucionarlo. Aparentemente, no era un problema: mis compañeras me presionaban a decirle que sí, después de todo, ya era hora de tener novio, ¿o acaso era lesbiana? A los once años ¿quién puede argumentar contra esa lógica?

Para mediados de curso, mi acosador ya estaba frustrado por mi negativa, así que decidió tomar acciones más serias, y un día de junio, nublado y frío, se plantó frente a mí mientras caminaba con mis amigas cerca de unas escaleras. Me tomó con fuerza y me llevó contra la pared. Mis amigas desaparecieron y todo el mundo se apagó

mientras el chico me besaba. Sentí sus labios húmedos y asquerosos contra los míos, sentí su lengua recorrer mi boca, como una babosa agresiva y venenosa.

Entonces mi cerebro tomó el control y obligó a mi cuerpo a actuar: apreté los dientes con fuerza y sentí cómo su lengua se doblaba ante mi mordida; aún recuerdo sus ojos enormes, como si la sorpresa no le cupiera en ellos. Se alejó quejándose y yo corrí hacia mis amigas y les dije lo que había hecho, triunfante. Pero nadie me felicitó, nadie se rió conmigo, me miraban como si hubiera sido yo la agresora y no la agredida.

Para el último año de secundario el chico tenía ya una novia, buenas calificaciones, y era de los consentidos de las maestras: mis compañeras y compañeros se emparejaban entre sí y hasta yo, vencida ante la presión social, había tenido algunas experiencias con algunos chicos, pero con el temor de que en algún momento decidieran atacarme, por eso siempre estaba lista para defenderme. Eso y otros problemas en casa hicieron que para el último año de escuela yo ya fuera considerada una “niña problema”. Todo indicaba que había tomado la decisión equivocada, quizá por eso nunca pensé en ese beso como un acto de violencia y en ese chico como un acosador. Parecía como si después de defenderme todo saliera mal para mí, hasta que me convencí de que era yo quien merecía un castigo, que debí haber aceptado ser su novia, agradecer su atención para que el mundo no se volviera contra mí.

Ese fue mi primer acoso, porque después del episodio de las escaleras, el mundo se volvió un lugar hostil del que debía defenderme, sin magia, sin robots super poderosos, sin amigas ni redes de apoyo. Debía cuidarme yo sola, afilar mis dientes cada día y asegurarme de que estuvieran listos para la próxima mordida.



MARÍA JESÚS MÉNDEZ

**STORY TIME DE CUANDO REPROBÉ CUATRO  
MATERIAS Y NO LOGRÉ GRADUARME “A  
TIEMPO” (MI PRIMER FRACASO)**

Es junio de 1998. Estoy en el último semestre de preparatoria y es la primera vez que repruebo materias. Son cuatro: Cálculo diferencial e Integral, Geometría Analítica y Álgebra. Debo presentar todas en extraordinario.

No puedo evitar llorar. Soy culpable. Llegan los recuerdos como una lluvia chipi chipi: cuando me salí de la clase de cálculo para ir a ver *Titanic* y fui de las personas que no lloró en la película; la vez que me reuní con mis compañeros de clase a estudiar pero ellos lograban comprender todo muy rápido, o así me parecía; una frustración me inundaba por sentirme incapaz de estar a su nivel, además de sentir vergüenza, por lo que evitaba preguntar y las dudas se acumularon antes del examen; el vacío en el estómago al mirar al resto de mis compañeros seguir el ritmo de la clase, y el querer huir del salón al sentirme tan extraviada; las horas de biblioteca donde mi mejor amiga avanzaba en ejercicios y a la que tampoco fui capaz de decirle que no entendía nada, porque con paciencia trataba de explicarme y nuevamente por pena fingía que sí le había entendido.

Estoy en un rincón, soy casi una adulta, tengo 17 años y he fracasado en terminar la preparatoria. Lo único que tenía que hacer. Mi única responsabilidad y fallé estrepitosamente. No me reconozco, no sé en qué momento perdí

la autoconfianza, no sé en qué momento me rendí y dejé de intentarlo. Papá me ofrece repetir el año en una escuela particular; siento una bola de fuego que crece en el estómago, quiere salir, alcanza mis orejas, las siento hervir; sube a mi rostro, se ha puesto rojo; no es enojo, es vergüenza mezclada con el ego y rabia contra mí. Le digo que no, que lo voy a resolver.

Mi plan es: en paralelo presentar el examen de admisión en el Tecnológico, con la esperanza de que, al momento de requerirse la documentación, ya cuente con ella. Pero también pienso que ya no quiero nada con las matemáticas, ahora quiero entenderme, y claro, la solución es estudiar Psicología, por lo que decido también aplicar a esa facultad.

Intento, por mi cuenta, estudiar; mis apuntes no son malos pero hay muchos huecos de información. Entender y aceptar que necesito ayuda me ha costado una oportunidad de extraordinario en la materia de Cálculo Diferencial (en ese entonces tenías tres oportunidades para aprobar), y el declive de mi poca seguridad: tengo mucho miedo de volver a presentar y se agotaron las fechas antes del cierre del semestre. Es un hecho que no saldré a tiempo de la preparatoria.

Llegó el verano. Ver a mis amistades prepararse para entrar a sus facultades ha sido muy doloroso; no es envidia, es un constante pensar que no fui lo suficientemente buena como para lograrlo.

Aprobé el examen de ingreso al Tecnológico. Sin embargo, tuve que solicitar entrar al propedéutico con la esperanza puesta en el siguiente semestre. En el examen para la facultad de psicología pasé a la siguiente fase para la cual era necesario escribir una autobiografía. Ese ejercicio cambió todo, pues me obligó a confrontarme; entonces

tuve que recapitular mis 17 años de historia para darme cuenta de que no fue cuestión de buena o mala suerte el camino andado, redescubrir lo que me gustaba, identificar la tristeza... Ayudó a que comprendiera que también se aprende de fallar y que lo que etiquetaba como fracaso era solo un evento lleno de malas decisiones, pero no el final, ni me definía por completo. Yo era muchas cosas y quería ser y hacer aún más. Aunque escribí mi autobiografía, decidí no continuar con el proceso para ingresar a la Facultad de Psicología.

Busqué ayuda y asesorías para las cuatro materias. Estudié y no desespé a pesar de que, al terminar el semestre, aún me faltaban dos materias por aprobar. Durante ese período hice amistades con personas que también estaban presentando extraordinarios, nos veíamos casi a diario en la Biblioteca Central de la universidad para estudiar en compañía, en su "jardín literario", un espacio al aire libre con mesas para jardín blancas de hierro forjado, el único lugar de la biblioteca donde podíamos hablar sin temor a que las bibliotecarias nos silenciaran. Pasábamos horas ahí. La imagen que atesoro en mi memoria: los libros de cálculo y geometría analítica abiertos de par en par, las libretas llenas de apuntes, hojas sueltas llenas de ejercicios.

Para finales de junio de 1999 me quedaba una materia por aprobar: Cálculo Integral. Gasté hasta la tercera oportunidad; en las primeras dos tuve ataques de pánico y ansiedad; para la última, entré más tranquila. No sentía desconfianza en el resultado, pero dejé una nota en la parte trasera de mi examen para el profesor al que le tocara calificarlo. En la nota le explicaba que era mi última oportunidad y la última materia, que me había costado un año de estudio llegar hasta ahí, que estaba exhausta y necesitaba terminar la preparatoria. También le decía que

había sido aceptada dos veces en el Tecnológico (después del propedéutico fue la segunda vez) y que volvería a presentar de nuevo. Que esto no era el final para mí, aunque en ese momento lo pareciera.

Aprobé con 63.

A 25 años, me gustaría que el viaje en el tiempo ya existiera para regresar y decirle a mi yo de 17 que sea amable consigo misma, que equivocarse ocurre a cualquier edad. Me da gusto que encontrara e hiciera comunidad con otras personas, porque la vida se trata más de crecer acompañada. La integral de la vida es el refugio que construimos para dar hogar a cada alma que camina con nosotras.

ANA LAURA CORGA

## AUTOCONOCIMIENTO SEXUAL

Cuando pienso en mi primera relación sexual, lo primero que me viene a la mente es esa primera vez en que compartí la búsqueda de placer con otra persona. Podría recordar el momento en que estuve con un hombre por primera ocasión, cuando él tocó las partes de mi cuerpo que, hasta entonces, habían sido solo para mí.

Quizá podría compartir que la primera vez que un novio tocó mis partes erógenas encima de la ropa sentí mucha excitación; que disfruté el frote de cuerpos y que el deseo creciente de la juventud me hizo sentir mucho placer.

Pero también podría contar que con el tiempo avanzamos y traspasamos la ropa, la quitamos y exploramos juntos la forma de sentirnos y compartirnos caricias. Y entonces, también tendría que compartir que la primera vez que vi su pene erecto me espanté, porque me recordó a un momento horrible que viví en la infancia, cuando un taxista me enseñó su miembro sin que yo pudiera hacer nada mientras iba camino a mi entrenamiento de fútbol.

Tendría que decir también que continué con ese encuentro sexual con mi novio, porque, al estar ya en esa situación, sin ropa y en medio de las caricias, no supe expresar que ya no quería seguir. Me daba miedo que él dejara de quererme. La realidad es que me dio asco y toda la excitación se desvaneció de golpe, por lo que mi

primera experiencia de penetración fue dolorosa, incómoda y desagradable. Solo podía pensar en que terminara cuanto antes.

Ahora pienso que, aunque él no me presionó de manera directa para continuar, y que quizás él también era un inexperto y no entendía que mi cuerpo le decía que parara, sí contribuyó a que la experiencia no fuera agradable. Creo que nos hizo falta más información, tanto a él como a mí. A mí, información para poder pedirle de manera directa que parara, y a él, para que entendiera que mi cuerpo le estaba diciendo que no y que él debía respetar esas señales y parar. Por eso creo que es bien importante que las mujeres hablemos de estas experiencias y que aprendamos a reconocer nuestra cuerpo y a escuchar lo que nos dice.

Ahora soy una mujer adulta y he transitado por un montón de reflexiones alrededor de la sexualidad y la importancia de que esta sea pensada desde una postura feminista. Con los años, he llegado a reconocer que esa no fue mi primera relación sexual. Porque si bien es importante que las mujeres reconozcamos la importancia de interrelacionarnos con otras personas, la realidad es que nuestro primer encuentro sexual no es con otras personas, o quizás no debería serlo.

Pienso que primero deberíamos descubrir nuestra relación sexual con nosotras mismas y, a partir de eso, reconocer qué nos gusta, lo que nos excita y qué construye nuestro deseo, para luego compartir y explorar con otras personas. Pienso que, si me hubieran explicado esto cuando era una púber, mis primeros encuentros sexuales hubiesen sido mucho más disfrutables. Y no solo eso, mi relación con la idea de compartirme sexualmente con otras personas hubiese tenido una carga muy distinta.

También creo que uno de los aspectos fundamentales de la sexualidad de las mujeres es el reconocimiento de nosotras mismas como mujeres que desean, que sienten placer y que pueden alcanzar el clímax a través de pensamientos o caricias. La forma en que llegamos al orgasmo puede ser muy variante, y la penetración no es la máxima expresión de una relación sexual. De hecho, muchas mujeres no alcanzan el orgasmo únicamente a través de la penetración, y algunas ni siquiera sienten placer con ello.

Explorarnos, conocernos y reconocernos en nuestra sexualidad son aspectos que deberían acompañarnos a lo largo de la vida, porque sí creo que esta forma de hacernos conscientes sobre lo que nos gusta y lo que no nos gusta nos otorga el poder de decidir con quién queremos o no queremos compartirnos.

Soy fiel creyente de que las mujeres deberíamos tener la libertad de relacionarnos sexualmente con las personas que se nos plazcan, obviamente, mientras todo sea consensuado y deseado. Porque no es suficiente el que sea consensuado, también tiene que ser deseado. Si revisamos lo que fue mi primera penetración, podemos afirmar que hubo consenso, pero no había deseo de mi parte. Esto confirma que no basta con el consenso: también debemos normalizar la importancia de hablar sobre el deseo.

Y es que el deseo, el desear, el saber qué quieres y qué no quieres, son fundamentales para hablar de una sexualidad plena. Creo que en la actualidad las mujeres estamos varios pasos adelante respecto a cuando yo era una púber/adolescente, pero también existe la sobreinformación. Por eso es valioso que existan espacios donde las mujeres podamos encontrarnos en confianza con otras, que aprendamos intergeneracionalmente de las experiencias y que compartamos para seguir aprendiendo juntas.

Para mí, ser sujetas de nuestra sexualidad es algo que me motiva a seguir compartiendo y a normalizar el diálogo directo, sin endulzar las cosas. Porque si bien la sexualidad es sabrosa, también es necesario enunciarla con toda su complejidad para poder vivirla al máximo. A mis treinta y cinco años, sigo considerándome una aprendiz de mi propio deseo y placer. Sin embargo, al menos puedo afirmar y expresar cuando algo me gusta o no, y pedir a mi/s acompañante/s que pare/n o que continúe/n.

Quiero finalizar esta reflexión agradeciendo a mi amiga Marisabel Macías y a todas las mujeres con las que he reflexionado en las tertulias y talleres que Mar ha coordinado sobre el placer y el erotismo de las mujeres. Llegar a este lugar y poder compartir estos sentires, no fueron aprendizajes en soledad, están acompañados de las reflexiones de muchas mujeres feministas. Gracias a todas y cada una de ellas.

NANCY MEDELLÍN

## TOMAR UNA DECISIÓN TRASCENDENTE

Cuando era adolescente, a mis catorce años, tomé una decisión muy importante. Al tomarla, en un principio, el mundo se vino en mi contra. Bajo el influjo de la adrenalina propia de la edad hice lo que me pareció correcto. Pensé en vivir de acuerdo con una filosofía de vida buena, en forma muy práctica. No sabía mucho al respecto, por lo cual me dejé guiar por mi intuición. Observaba a mis hermanas y hermanos, de quienes siempre había recibido buen ejemplo, para seguir sus pasos.

Me gusta la idea de aprender a preparar un platillo de cocina y después estudiarlo a fondo, me resulta más fructífero que hacerlo a la inversa. Desde esta forma de ver la vida, caigo en cuenta de que tomé varias decisiones trascendentes por aquella época. Una de ellas, sin saber que hoy me vería estudiando el concepto de Dietética de Michel Foucault —en donde analiza la manera que tenemos de relacionarnos con nuestro cuerpo y el arte del cuidado del mismo—, fue optar por la dieta vegetariana de manera irreversible y no negociable. Desde entonces guardo una relación sana con mi cuerpo. Busco ejercitarlo y nutrirlo, procurando también alimentar mi alma mediante la búsqueda permanente de ser una mejor persona. Añadí también a mis hábitos diarios la meditación y práctica de yoga.

Esto que escribo suena, de algún modo, romántico, porque a esa edad lo normal es que una dependa casi por

completo de sus progenitores. A mi madre no le agradó del todo que yo optara por el vegetarianismo. Según su experiencia de vida y conocimiento se estancaría mi desarrollo biológico al cambiar de régimen. Nunca sabré si eso fue así; aunque yo me siento bien desde siempre, y luego de varias décadas de práctica me considero de lo más normal.

Sentía que el mundo me exigía muchas explicaciones del por qué había decidido tal cosa. Mi forma de afrontar esa adversidad y el impacto que causaba entre mis propias compañeras en la prepa fue transformadora. Me vi empujada a cultivar mi propio conocimiento, a investigar mucho acerca de lo que hacía y adentrarme en conocer los beneficios de mi elección.

Me implicó una cuota de esfuerzo extra y de osadía lanzarme al vacío, como siento que lo hice. Pero sumergirme en tal proceso ha sido de lo mejor que me ha ocurrido. Enfrentar los miedos ocultos alrededor del autoconocimiento, buscar aliados, guía y amarrarme a mi estoica forma de ser fueron, quizá, los factores clave para poder mantener un ritmo de vida en medio del mar agitado que es la sociedad, muchas veces enjuiciante.

Desde entonces me siento valiente porque logré enfrentar las duras críticas provenientes de amistades y de algunos familiares por mi “chocante estilo de vida”. Yo me sentía a gusto y me daba resultado sentirme bien, feliz, con ánimo y energía positiva para progresar como persona. Creo que ese hito marcó mi vida porque hoy sé que sí podemos tomar decisiones importantes a favor de una, al menos esta experiencia me lo dice; no me dice que fue fácil, pero sí que fue importante. Cuando una tiene la convicción todo va tomando su lugar para que las cosas salgan bien, o mal.

Hace poco arribé a unos talleres de filosofía, pero ahora con el fin de estudiarla. He podido adentrarme más al tema de Foucault, la Dietética. Me complace mucho darme cuenta de que, sin saberlo, mi primer acercamiento a la filosofía fue a través de la praxis, cuando fui catorceañera y tomé aquella decisión de vida que hoy comprendo mejor y considero atinada.

Me parece que siempre habrá otras primeras veces y, de acuerdo con esto, en mi vida seguirá la reflexión sobre mis actos, ahora en las otras dos vertientes de este filósofo: Economía y Erótica. Pero ese será tema para otra historia por escribir.



OLIVIA CARMONA HERNÁNDEZ

## EN SILENCIO

No recuerdo bien el año en que ocurrió, menos aún el día exacto, así que por respeto y cariño a la experiencia suelto mi afán de encerrar en una fecha mi recuerdo. Lo vivido es tan grande que la mejor manera de honrarlo es recordar, así, sin fechas, simplemente recordar.

Te cuento. Hace aproximadamente veintidós años, meses más, meses menos, fui por primera vez a una marcha, completamente decidida y segura de que quería estar ahí.

Antes de ese día lo más parecido a estar en un evento de ese tipo habían sido algunas manifestaciones a las afueras de algún recinto de gobierno. Esto debido a que pertenezco a una familia de comerciantes ambulantes que, durante muchos años, ejerció su labor en el Centro Histórico de la hoy llamada Ciudad de México. Por lo anterior, durante mi niñez acudí de la mano de mi madre a varios eventos políticos, la mayoría de ellos encabezados por la imponente presencia de quien, por muchos años, fue la lideresa por excelencia del comercio informal en el primer cuadro de la ciudad: Guillermina Rico González, *La jefa*.

Pero, ¿qué pasó pocos años después?; ¿qué se movió dentro de mí que me hizo decidir ir sola a una manifestación?

Hacía poco tiempo que había dejado atrás la adolescencia y en los noticieros se hablaba mucho de las desapariciones y asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez. En efecto, esas que hoy todas conocemos como *Las muertas de Juárez*.

Considero importante compartir contigo que las nombres de desapariciones y asesinatos no con el afán de minimizar los hechos, jamás. Mi intención es recuperar los términos que durante esos años las autoridades, así como los medios de comunicación, utilizaban. También para recordar que, en México, la traducción y uso del término *feminicidio*, pero sobre todo su tipificación como delito, llegaría varios años después.

Entonces, con los pocos recursos que tenía a disposición, me había informado sobre lo que estaba sucediendo en Ciudad Juárez y, si mi memoria no me falla, acababa de leer *Huesos en el desierto* de Sergio González Rodríguez. Gran libro, crudo, doloroso, pero, desde mi punto de vista, lectura imprescindible si de feminicidios hablamos.

Recuerdo que un día leí o escuché que esa semana un grupo de madres de mujeres desaparecidas y asesinadas en Ciudad Juárez estaría en la Ciudad de México y, como parte de su agenda en la ciudad, convocaban a una marcha silenciosa para exigir justicia. No dudé en sumarme a ellas, lo tuve claro desde el principio. Lo digo con toda sinceridad: quería estar ahí, quería acompañarlas. Acudí sola, no por falta de amigas; en ese momento sentí que era una experiencia que me tocaba vivir sola. Hoy lo corroboro.

La cita fue en el Monumento a la Revolución, alrededor de las cuatro o cinco de la tarde. Llegué puntual, animada, pero al mismo tiempo nerviosa y expectante. Yo, que siempre me había distinguido por ser una morra muy echada *pa'lante*, me sentía tan cohibida y pequeñita como pocas veces en mi vida. Pero me quedé ahí, segura de mi decisión. Me había trasladado desde la periferia oriente de la ciudad para estar ahí. Para mí era importante mostrar mi empatía y solidaridad a aquellas mujeres, muchas de ellas

coetáneas de mi madre, que un día no supieron más de sus hijas.

Antes de partir, la consigna de las madres hacia lxs participantxs fue clara: se trataba de una marcha silenciosa y pidieron que ello se respetara en todo momento. Recuerdo el rostro de algunas de esas mujeres que cargaban las fotos de sus hijas desaparecidas. Dolorosamente, muchas de ellas siguen en la búsqueda, otras más han muerto persiguiendo respuestas.

El contingente empezó a avanzar y un sinfín de emociones atravesaron mi cuerpo. El silencio era tan potente que anulaba el bullicio de las calles del Centro. Aún se me enchina la piel al recordarlo. Al cabo de unos minutos, mi sensación de pequeñez fue mutando. A pesar de no conocer a nadie me sentí acompañada, segura. Además, me sentí parte de algo muy poderoso. Seguimos avanzando, sin prisa, unidxs por el silencio que, de manera contundente, reclamaba justicia. Poco antes del ocaso se distribuyeron velas blancas que en su base tenían capacillos, también de color blanco, para contener el escurrimiento de la cera. Tomé una vela, alguien compartió su luz conmigo y seguimos avanzando. Estoy segura de que lloré. Yo soy así, una chillona empedernida. Este, sin duda, fue uno de los momentos más conmovedores de la marcha. La atmósfera era única, de unión y absoluto respeto. Nadie profanó el silencio.

Luego de un rato, no sé precisar cuánto, el contingente llegó a la plancha del Zócalo. Poco a poco lxs asistentes nos compactamos frente a un modesto templete. Desde ahí las madres verbalizaron sus peticiones, su desazón y enunciaron con fuerza el nombre de sus hijas.

Hoy, a la distancia, concluyo que esa marcha, así como haber leído a Sergio González Rodríguez y otros textos

afines, fueron los cimientos del que ahora es mi posicionamiento político. Fue la rabia, la tristeza y la empatía lo que me empujó a asistir, e indudablemente aquel silencio en esa, mi primera marcha, me cambió. Sin duda lo vivido movió muchísimas cosas dentro de mí, y no me refiero solo a nivel emocional. Aquella noche regresó a casa una Olivia diferente a la que horas atrás había salido.

YURI BAUTISTA

## LA HISTORIA DE MIS ORGASMOS

Fue como conocer un mundo nuevo, encontrar aquello que no sabías que anhelabas. Después de esa primera vez me volví adicta a sus efectos. Me provocaba orgasmos en todas partes a escondidas. Mientras la familia asaba carne en el patio yo metía la mano bajo mi pantalón, en la sala.

El acto de la auto-tocación ha sido, desde que recuerdo, parte de mi rutina diaria. En algunas épocas de mi vida era habitual hacerlo hasta siete veces al día. Creo que mi récord son nueve. He escuchado muchas veces decir que la masturbación es parte del autocuidado. Debería darme un premio por tal labor, cuidarse a sí misma en un mundo injusto como este suele ser un reto.

Tenía quince años. En ese entonces, antes de dormir me gustaba tocarme acostada boca abajo. Mi deseo se fue intensificando con los años hasta que, esa noche, no quise parar de dedearme y brotó un orgasmo al mundo exterior como fruto de un árbol. Sudé. Se sintió bastante intenso. Me costó trabajo disimular mis quejidos, no quería que mi hermano me escuchara —mi cuarto tenía una ventana que comunicaba al de él—. La práctica de masturbarme a escondidas no ha desaparecido. Me gusta hacerlo cuando mi pareja, por ejemplo, se está bañando. Durante la pandemia me dio por grabarme con el celular, disfrutaba ver mis líneas moviéndose y enviar los videos a varias personas a la vez, ¿por qué? No lo sé, tal vez soy un poco exhibicionista.

Nunca me he comprado juguetes eróticos, aunque sí me gustaría. No obstante, me han regalado un dildo —uno de esos que se adhieren a la superficie— y un succionador de clítoris. Este último lo usé tanto, hasta que dejó de funcionar. Tengo una lista mental de aquellos que me gustaría comprarme algún día, y es que son algo caros. Deberíamos normalizar obsequiar juguetes eróticos a las amigas, parejas o ligues.

Entre los diez y doce años solía sentarme encima de un oso de peluche que me quedaba a la medida. Moviendo la cadera me frotaba. Lo ponía en una silla del comedor o en un sofá. A los nueve me prendía con los besos de las telenovelas, luego me iba al baño a tocarme. Más pequeña aún, me estimulaba los pezones con la nariz de las *Barbies* y otros juguetes; desde entonces es una de mis zonas erógenas favoritas. Curiosamente, descubrí este goce jugando a la cuidadora; por querer dar pecho a mis peluches, me di cuenta de lo bien que se siente en esa parte del cuerpo. Ahora me causa gracia recordar, no obstante, me da gusto haber nutrido mi autoerotismo desde entonces.

El clítoris es un órgano inmarcesible, no pierde con el tiempo su capacidad de producir orgasmos, al contrario, no deja de crecer. Me dan lástima los hombres con su frágil competencia para sentir placer, pero tampoco es como que se lo merezcan.

Nunca fui muy fan de la literatura erótica, no obstante, un día me di cuenta de que muchas de mis personajes son muy, ¿cómo decirlo?, ¿calientes? Y creo que lo son porque yo lo soy. Las palabras no escapan de vestirse de nuestra propia personalidad. Aunque no siempre lo parezca, una termina escribiendo siempre sobre sí misma.

¿Por qué hay tantas primeras veces que olvidamos? O más bien, ¿por qué hay primeras veces que nunca olvidamos? Hay experiencias que atraviesan nuestra vida y se vuelven pilares. Las preguntas correctas serían: ¿qué significa para mí el orgasmo? ¿Por qué se volvió tan imprescindible, tan lleno de significado?



MAYRA ESCAMILLA

## MI DEBUT COMO PROFESORA DE INGLÉS

Lo puedo resumir en una palabra: horrible. No se asemejó en absoluto a las veces que de niña jugué a ser maestra con mi vecinita Liz y mi hermano. Nada de cuadernos diminutos hechos de *post-its* donde tomaban los dictados que les hacía. Nada de poner palomitas con un marcador de cera rojo, aunque solo hubieran escrito garabatos. Nada de pizarrones improvisados con tablas del taller de carpintería de mi papá.

Y es que siempre supe que sería profesora; era mi juego favorito. Incluso estando sola palomeaba cualquier tarea que mis maestras de la escuela no me hubieran revisado. Me gustaba practicar esos dieces que se hacen rápido y en un trazo, que empiezan en el centro y se vuelven espiral.

Aún estando en mi etapa de estudiante de secundaria no olvidé que quería ser maestra; sin embargo, me faltaba descubrir de qué. Fue entonces que me percaté de un hecho importante: la clase de inglés se me daba bastante bien.

La música que solía escuchar entonces abonaba a mi curiosidad. Me gustaba mucho el pop en inglés: Backstreet Boys, Spice Girls, Britney Spears. Pero también me gustaba sentirme rebelde, una niña mala escuchando Linkin Park y Limp Bizkit. Quería saber qué decían en sus canciones. Dentro de mí habitaba una urgencia imperante y creciente por entender sus palabras y descifrar las cosas que tenían que decirme.

Mi primera profesora fue Miriam, una mujer algo mayor. Para mí era fascinante escucharla hablar cada vez que nos daba instrucciones sobre lo que debíamos hacer. Así me di cuenta de cómo la voz de una persona se modifica al hablar en otro idioma, como si hubiera un cambio instantáneo de chip. En cierta ocasión, Miriam me ayudó a traducir “*Thank You*”, de Dido. Me puso la traducción con tinta verde, de su puño y letra, en una hoja de papel a rayas. Su caligrafía era muy bella, de aquellas que tienden a la manuscrita. Valoro mucho que se haya tomado el tiempo para ello.

Para tercer grado de secundaria tuve de profesor de inglés a Fernando, un hombre bastante simpático. Eran los tiempos en que la adolescencia suele ser más problemática. Resultado: mis compañeras y compañeros no solían ponerle atención. Pero yo sí. Varias veces me descubrí riendo de los chistes en inglés que él hacía mientras las y los demás estaban en otros asuntos. ¡Vaya!, ¡podía entender ya frases en inglés!

Fue a Fernando a quien le pregunté cómo podía convertirme en profesora de inglés. La información que me dio en aquel entonces determinó el camino que yo seguiría. Yo quería ser *teacher*.

Durante la preparatoria tuve profesoras muy buenas que me ayudaron a consolidar mi decisión. De ellas aprendí mucho más que los contenidos de la asignatura de inglés. Por ejemplo, la enorme paciencia que tenían.

Estando en la carrera de Letras Inglesas, tomé como materias principales las de Didáctica de la Lengua. Las disfrutaba mucho. En algunos de los cursos, a modo de simulación, tuve oportunidad de dar clases frente a compañeras y compañeros. En general, me iba muy bien. Ya no se trataba de jugar a la escuelita, aunque la parte de

saberse en un juego de rol todavía estaba presente. No obstante, me sentía ya encaminada a encontrarme con mi futura Yo.

Luego, vinieron las prácticas formales. En este punto las cosas se pusieron difíciles. La profesora a cargo de la materia de Didáctica nos llevaría a una preparatoria a dar clases a alumnas y alumnos de verdad, con ella como observadora. Se trataba ya del mundo real y yo debía ser buena maestra en él también. Sin embargo, la vida me tenía preparada una sorpresa.

La primera vez que di clase los alumnos y alumnas no me prestaron atención, cubrían sus caras con libros o cuadernos mientras cuchicheaban y se reían entre sí. No logré un buen manejo de grupo porque, a pesar de las clases muestra que había dado en la facultad, todo esto era nuevo para mí. Ocurrió lo mismo en las siguientes sesiones, aunque, en otras, el alumnado se mantenía apático, dándome así una especie de tregua.

Una compañera de generación que supo de mi situación me contó que su grupo a cargo no la trataba así. *Simplemente tengo mala suerte. Quizá me ven muy joven todavía. Quizá no debo ser maestra*; pensaba. Varias veces lloré en casa diciéndome que yo no era una buena maestra. Me cuestioné si de verdad aquello era lo que quería para mi vida y también a qué otra cosa podría dedicarme.

Falté a algunas de las clases que tenía que impartir porque el miedo y la inseguridad me rebasaron. Le mentí en varias ocasiones a mi profesora de Didáctica con tal de no presentarme. Una disculpa por eso, estimada Claudia M. No sabía cómo afrontar aquella situación.

Posteriormente, invité a dos compañeras de la carrera a que observaran mi clase. Necesitaba que alguien más

viera las dinámicas que estaban ocurriendo en el aula, que me dijeran qué es lo que estaba haciendo mal.

—Tu clase estaría perfecta en otro contexto.

—Eres muy linda, pero aquí eso no funciona.

Me dijeron las compañeras al terminar aquella sesión. Se quedaron conmigo un rato más para hablar sobre todo lo que habían notado. A la distancia, agradezco bastante aquel acompañamiento entre pares porque me ayudó a dimensionar la situación. Alejandra, Karla, sepan que ese día significó mucho para mí.

Llegó otro semestre y con él otro grupo. La experiencia fue mejor, aunque con sus detalles. Más tarde entré al mercado laboral y fue ahí donde realmente encontré y reafirmé mi amor por la docencia, donde llegó la satisfacción por compartir con otras personas mi conocimiento. Aún recuerdo a mis primeras alumnas y alumnos, quienes me enseñaron que sí existe lugar para una pedagogía diferente, para ser la profesora que siempre soñé ser. Aprendí que un capítulo de mi vida no define su rumbo completo.

Actualmente llevo más de catorce años siendo *teacher*. La docencia me ha dado enormes satisfacciones y lecciones de vida. Amo mi profesión y disfruto cada día frente a grupo. Ha sido un camino bello y con mucho aprendizaje.

ÁNGELES SANLÓPEZ

## EL DÍA QUE APRENDÍ QUE EL METRO NO ES UN LUGAR SEGURO PARA LAS MUJERES

*Nuestro cuerpo es nuestro  
primer territorio de defensa.  
Mi cuerpo, mi cuerpo, es mi  
primer territorio de defensa.*

Rebeca Lane

Antes de contarte mi historia, te daré contexto. Era el 2007 y yo iniciaba mis estudios de licenciatura en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Después de dos intentos fallidos de entrar a la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), hice mi examen a la ENAH, con mucho esfuerzo me quedé y poco tiempo después empecé a estudiar la licenciatura en Historia. Me decidí por esta carrera gracias a mi profesora de la prepa, Rosario, ella me enseñó la historia de una manera que me permitió entender el mundo en el que vivía. Y también gracias a que mi amiga Sara me habló sobre la existencia de la escuela. Otras dos mujeres de gran relevancia fueron mi mamá Aida y mi hermana Ciry, quienes me impulsaron a hacer el examen de admisión.

En ese tiempo, a mis 18 años, salía poco del Estado de México, así que no sabía cómo moverme en la capital del país. Había ido algunas veces con mi mamá al Centro de la Ciudad de México, pero en realidad no sabía cómo era

habitar ese gran territorio. Estudiar en la ENAH me obligó a salir al mundo con el objetivo de ir a estudiar.

Poco a poco, gracias a los y las amigas que fui conociendo, empecé a usar el metro de manera recurrente y a conocer diferentes caminos para regresar a casa, desde la delegación Tlalpan hasta el Municipio de Chimalhuacán. Pronto me hice amiga de tres compañeros que vivían por mi rumbo, bueno, cerca. Uno vivía en Iztapalapa, otro en Nezahualcóyotl y el tercero en Los Reyes-La Paz. Tres hombres y yo, que vivía más lejos. Nuestras clases terminaban a las 9:00 de la noche, así que a esa hora nos regresábamos. Con ellos me sentía segura, hasta que pasó la historia que te quiero contar.

Un día mi amigo P y yo andábamos en el metro. No recuerdo a dónde habíamos ido con otras compañeras y compañeros, pero ya íbamos de regreso a nuestras casas; eran como las cinco o seis de la tarde. Estando con él, me sentía segura porque la sociedad me había inculcado la idea de que con los hombres estamos más seguras. Lo que no nos dicen es que ellos viven en un mundo controlado y gobernado por hombres y que nuestra situación no es la misma.

Ese día estábamos en Metro Pantitlán. No me fui al área de mujeres porque estaba con mi amigo y porque nunca me había pasado nada. Tienes que saber que Pantitlán es una de las estaciones que por las mañanas y las tardes se llena de gente, porque van a sus trabajos o regresan de ellos. No sé el número exacto de personas que se acumulan en la hora pico, pero imagina una gran cantidad de gente, como si estuvieras en un concierto masivo cuando abren las puertas y las personas corren para estar en frente de sus artistas favoritos. Pero aquí la gente no se pone en alerta porque quiere disfrutar el concierto en primera fila;

aquí lo que quieren es pelear por un asiento y no quedar fuera del vagón.

Todo ese contexto para decirte que ese día estaba con mi amigo esperando a que abrieran las puertas del tren. Poco a poco sentí cómo los hombres se aglutinaron a nuestro alrededor. Me puse cerca de P, pensando que estaba segura. Yo tenía 18 años y apenas estaba aprendiendo a andar en el metro. Cuando se abrieron las puertas, sentí cómo los hombres me apretaron dirigiendo sus cuerpos hacia la puerta. Yo también empujé hacia adelante. El punto era entrar al vagón. Mientras nos empujábamos, sentí cómo alguien detrás de mí me manoseaba de una manera asquerosa. Rápido puse mis manos detrás de mí, agarré la mano de la persona y luché por retirar sus dedos de mi cuerpo.

Al entrar al vagón, volteé en busca de P que apenas estaba entrando. Lo miré enojada. Yo estaba rodeada de hombres desconocidos; quería gritar, reclamar y llorar. Pero, en ese momento no lo hice, solo los miré con furia. Algunos de ellos me miraban, otros volteaban hacia otro lado. Yo quería encontrar al culpable, que confesara con su mirada, pero en el anonimato que se crea en la masa de cuerpos que surge de la unión de tanta gente, no lo encontré. En ese momento, no le dije nada a P. Llegamos a la estación Santa Marta y ahí le conté todo, enojada y con la voz entrecortada. Fue un reclamo quedo, yo pensé que por no ser su novia no tenía razones para reclamarle por no cuidarme; al final, yo solo era su amiga. No me debía nada. Ahora sé que no era así.

A mis dieciocho años me prometí que no me volvería a pasar. Y ahora, después de diecisiete años, te cuento esta historia y me alegra decirte que no me ha vuelto a pasar. Ahora, cada que estoy en el metro estoy alerta, analizo

mi situación, coloco mis manos detrás de mí o me muevo rápido de lugar entre la gente y los asientos. Hoy te digo que siempre busques crear un espacio seguro para ti.

Ese día me di cuenta  
de que puedo defenderme.

Soy valiente.

Y que mi seguridad  
no depende de ninguna persona.

Termino diciéndote que, aunque al principio pensé que había sido mi culpa por pensar que P me cuidaría, y por no irme al área de las mujeres, lo cierto es que ese hombre que me tocó la vulva no tenía que hacerlo. Él debía respetarme. Yo merezco respeto. Mi cuerpo no es para el uso y el abuso de nadie. Mi cuerpo es mío y es el primer territorio que habito, y debo defenderlo de quien sea.

CLAUDIA FERNÁNDEZ

## EL PRIMER RENCUENTRO CONMIGO

Cierro la computadora y anoto las preguntas para la siguiente sesión. Subrayo una palabra que resonó en terapia. Me siento más tranquila, aunque observo más sudor de lo habitual. Reflexiono sobre nuestra conversación.

Recuerdo mi primera sesión. Había estado pasando por un momento muy difícil y todo parecía venirse abajo. Hasta que un día, al salir de la universidad, el miedo me paralizó. Subí al autobús y rompí a llorar sin poder contenerme. Al llegar a casa, me encontraba muy angustiada y pedí ayuda a mi madre. Más tarde, llamó a July para concretar una cita.

Al principio no estaba muy convencida. Años atrás había asistido con tres terapeutas y no logré sentirme en un espacio seguro. Una de ellas me miraba con condescendencia, otra siempre tenía prisa y la tercera me interrumpía constantemente. Pensé que la terapia no era para mí. Pese a eso, decidí intentarlo de nuevo, esperando que esta vez fuera diferente.

Aquel día estaba nerviosa y no sabía qué esperar. Toqué el timbre, subí las escaleras y me senté en la sala de espera. July me recibió y ese día marcó el inicio de un largo viaje.

Se suele comparar el autoconocimiento con escalar una montaña; para mí es adentrarme en un bosque salvaje, de donde necesito rescatarme. En ese lugar me encuentro con diferentes versiones de mí: la niña asustada que necesita afecto, la adolescente insegura y solitaria.

Durante la primera sesión lloré como no lo había hecho en años. Sentí que alguien me escuchaba de verdad. Escuché verdades que me había negado a aceptar. La coraza que me había construido, llena de máscaras y de necesidad de perfección, comenzó a agrietarse.

En este proceso he aprendido a aceptar mis luces y sombras. Por mucho tiempo busqué validación externa, viviendo a través de los demás. Ahora entiendo que mi mayor proyecto soy yo misma. Decidí hacerme cargo de mí, de todas las partes que me conforman; comenzar a respetarme y ser fiel a mí misma.

El autoconocimiento no es un camino fácil: está lleno de obstáculos y dolor, pero también de pequeños momentos de alegría y gratitud. En mi camino tropiezo y caigo, pero siempre intento seguir adelante. A veces me pregunto si vale la pena, pero luego recuerdo a esa niña interior que aún necesita sanar.

Mis sesiones de terapia son lo más estable que he tenido en mucho tiempo. Son como un faro en medio de la tormenta. Me han permitido quitarme las máscaras que ocultaban mi verdadero rostro y descubrir quién soy realmente. Poco a poco he aprendido a reconocer y aceptar mis emociones, incluso aquellas que antes me causaban dolor o vergüenza. Hablar de mí misma ha sido un desafío, pero también un camino hacia la autoaceptación y la compasión.

Ahora anhelo el día de la sesión, ese espacio seguro donde puedo ser yo misma, sin miedo al juicio. Sé que llegará el momento de despedirnos o vernos con menos frecuencia, pero, por ahora, agradezco la compañía de July mientras sigo explorando los laberintos de mi inconsciente.

ANDREA GONZÁLEZ CRUZ

## LA PRIMERA VEZ QUE PRENDÍ UN BOILER

Cuando decidí dejar la casa de mi familia para mantenerme a mí misma por primera vez, me sentía sumamente apenada por la enorme cantidad de cosas que no sabía hacer. Estaba acostumbrada a que mis papás hicieran la mayoría de las labores de la casa, tanto para mi comodidad como para mi impaciencia; siempre me sentí limitada en mi tan añorada independencia, y, al crecer, me encontraba atrasada respecto a las habilidades que mis amigas iban adquiriendo para convertirse en adultas funcionales. Por supuesto, gracias a los esfuerzos de mi papá y de mi mamá yo pude concentrarme en estudiar y, después, en trabajar, escribir y tener crisis existenciales.

Me mudé a un departamento compartido con otras dos personas, aunque ambas viajaban con frecuencia, por lo que estuve sola la mayor parte de mi estancia. Antes de mudarme me atormentaba imaginarme pidiendo ayuda a mis *roommates* para cocinar o para hacer la limpieza; en retrospectiva, era verdaderamente pura ansiedad, porque yo sabía hacer muchas más cosas de las que creía.

Pero había una cosa que nunca había hecho y que ni siquiera había considerado que tendría que hacer: en 30 años de vida, nunca, nunca había prendido el calentador. Ni siquiera estaba acostumbrada a subirle y bajarle al calentador. Para mí, este artefacto era un monstruo que escupía fuego y que podía explotar a la menor provocación. Cuando mi compañera de departamento me dijo que

cada quien prendía el boiler para bañarse y que el resto de tiempo debía mantenerse apagado para no gastar gas, no sé qué pasó por mi cabeza. Supongo que me imaginé que habría algún botón que se pudiera apretar para solucionar el problema. En secreto, planeaba esperar a que los demás se bañaran y aprovechar el agua caliente que quedara al final. Pero no solo apagaban el boiler antes de meterse a la regadera, sino que cada uno tenía horarios diferentes, cuando estaban.

El día que me mudé perdí mi cartera con todas mis tarjetas adentro, y como me pagaban por transferencia, no tenía un solo peso disponible. Al menos llegué bañada, así que esquivé al dragón por algunas horas. Pero, al día siguiente tuve que intentarlo. Me asomé cautelosamente y leí la etiqueta del calentador. Constaté, con desaliento, que no era eléctrico, pero aun así quise pensar que girar la manija de piloto a encendido podía activar su mecanismo, lo cual no solo fue tonto, sino también peligroso. Y claro, cuando me metí a la regadera, el agua salió helada. Después de vestirme, puse la manija como estaba y me fui a reponer mi INE, que estaba en el monedero perdido y era mi único documento de identificación. Así que, encima tuve que citar a mis papás en el módulo para que dieran testimonio de mi existencia.

Pasé la mañana siguiente viendo tutoriales en YouTube. Había uno de un señor muy simpático y condescendiente dedicado explícitamente a las “damitas” que, como yo, le tenían miedo al artilugio. La búsqueda “cómo prender el calentador sin encendedor” sigue en mi historial, y nunca me falla cuando quiero reírme un poco. Aprovechando que ese día estaba sola, lo intenté. Tomé tímidamente el encendedor que mis compañeros tenían en la repisa al lado del boiler, acerqué mi mano y... la quité y me fui

a lavar nada más el cabello. Al salir decidí que tenía que intentarlo de nuevo, ¡no podía estar sin bañarme por siempre! Y aunque para ese momento ya estaba familiarizada con todas las partes del boiler, no conseguía mantener mi mano dentro del cajón lo suficiente para que la flamita del encendedor se corriera hacia la parrilla.

Por la tarde, mi amiga Ángeles me prestó dinero para pasar el fin de semana (fue la primera vez que acepté ayuda de una amiga), en lo que podía ir a recoger la reposición de mis tarjetas de banco y me entregaban la nueva INE. A la hora que era, me fui al súper por un encendedor de punta larga. A esta espada sumé el escudo de una toalla mojada, por si tenía que extinguir algunas llamas. En eso estaba, cuando otro de mis miedos tuvo lugar y la puerta del departamento se abrió súbitamente. Con alivio, vi que era mi compañera, con quien no había cruzado más de un par de palabras desde que me había mudado, y quien había regresado de rápido a imprimir un documento. Oculté rápidamente la toalla, misma que había estado dispuesta a usar como arma cuando creí que podría tratarse de un intruso.

Nunca tuve una buena relación con esta chica, pero le estaré agradecida siempre. Ese día me miró con curiosidad y me preguntó si me gustaba el departamento y si me estaba sintiendo bien ahí. Después de una breve plática le pedí, tímidamente, que me ensañara a prender el boiler. Catalina se adelantó de inmediato y me explicó con calma: la manija tenía que estar en piloto, tenía que apretar el botón del gas y después de unos segundos acercar mi encendedor; cuando la flamita encendiera, podía girar la manija a encendido e iba a escuchar el fuego expandiéndose dentro del tanque. Me fue guiando mientras yo seguía los pasos, intentando controlar el temblor de mis manos.

Seguía sosteniendo mi toalla, pero Catalina ni se fijó en eso. Me dijo que ella solía usar el encendedor chiquito, pero aprobó mi encendedor grande. Sentí un enorme respeto y agradecimiento hacia ella.

Fácil y rápido, aprendí que necesitaba dejar mi inseguridad atrás y reemplazarla por gratitud hacia las personas prestas a ayudarme. Me metí a bañar con una enorme satisfacción, y comprendí que las primeras veces más necesarias no deben ser temidas ni vergonzosas: nunca es tarde para lograr algo nuevo, ni para bañarse con agua calientita. Después de eso, cada vez que escuchaba al dragón ronroneando apaciblemente me sentía lista para grandes y pequeñas hazañas, ya fuera escribir mi primera obra de teatro o prepararme mi primera sopita de fideos.

MARGARITA RIVERO

## SUEÑOS CRISTALIZADOS

El de 1987 no fue mi primer viaje en avión. En mis sueños infantiles había realizado muchos. Montada en un tronco de álamo con mis hermanitos, íbamos en nuestros juegos de un sitio a otro, casi a la velocidad de la luz, en un avión imaginario que yo piloteaba. París, Londres y Marruecos se desplegaban bajo nuestros pies y nosotros tocábamos las nubes. En un inglés completamente inventado yo narraba a los pasajeros detalles de las ciudades avistadas.

Nuestro contacto real con los aviones era únicamente para pedir otro hermanito. “¡Avión, un hermanito!”, pedíamos corriendo por el patio en cuanto divisábamos un avión pasando por encima de mi pueblo (creo que por eso somos nueve hermanos). Éramos una familia humilde; nunca faltó pan en la mesa, pero no había para lujos y, desde luego, los viajes en avión no estaban a nuestro alcance. Pero nosotros soñábamos con ellos.

Y el día soñado llegó, cuando entré a mi primer trabajo, recién egresada de la carrera de contaduría.

En la sociedad meridana de los ochenta, viajar en avión exigía un protocolo: se debía ir bien vestido, los varones de saco y corbata; las damas, elegantes y de zapatillas. El Diario de Yucatán tenía, en ese entonces, una sección de notas sociales llamada “Aeropuerto”, en la que se escribía sobre los viajeros: “Para tomar un curso de actualización, en el vuelo tal, salió con dirección a Houston el doctor

Fulano de tal, con su señora esposa doña Perengana de tal". Yo iba rumbo a Villahermosa a un curso de la empresa, con mi vestido rojo Chanel —que no era la marca, sino el largo— y llena de emoción, pero también de cierto nerviosismo (yo no pilotaría el avión). Ocupé mi lugar y, con total llaneza, pedí ayuda a mi compañero de asiento:

—Es mi primer viaje en avión y no sé usar esto. ¿Puede ayudarme con el cinturón de seguridad?

La espontaneidad de mi petición rompió el hielo y dio lugar a una amena plática. El hombre, un empresario restaurantero, resultó ser conocido de mi jefe. Un trayecto de cuarenta minutos se sintió como de quince.

—Si me lo permite, señorita Rivero, con mucho gusto la acompaño hasta su hotel y luego me encamino a mis diligencias —sugirió él, Don Carlos, y gustosa, acepté.

Ese viaje, largamente soñado y acariciado, marcó el inicio de una vida en la que hemos tenido el privilegio de visitar varios países, con la familia, con amigos o sola, bien sea por cuestiones de trabajo o por el placer de conocer otros lugares.

Bien dicen que cuando sueñas algo, el universo conspira a tu favor, pero no puedes sentarte a esperar a que el universo conspire y haga realidad tus sueños así, sin más. Es necesario estudiar y esforzarse a veces un poco más que los demás, sacrificar fiestas y diversiones, algunos días madrugar para preparar tus exámenes, todo con la vista puesta en la meta. Y cuando ingresas a la vida laboral, es importante organizar las finanzas y establecer un plan de ahorro para viajes, desde luego, sin descuidar los otros compromisos de tu estado de vida.

Todo empieza en la mente, sí, pero es necesario ir materializando las ideas. Así es como se alcanzan los sueños.

ANILU ZAVALA ALONSO

## TELONES

Es domingo y estoy felizmente cansada. La luz se filtra por el lienzo de pellón que cubre la ventana. No quise invertir en cortinas. Era necesario que no se dejara ver lo que pasaba dentro del departamento que estaba a pie de calle. Así que todas las ventanas, incluyendo la de piso a techo de la enorme estancia, quedaron cubiertas con el mismo material translúcido y hermosamente opaco.

En la búsqueda de lo que sería mi primer espacio propio, con el descanso de saberme autosuficiente para poder pagarlo con el primer sueldo que me garantizaba sostenerme con absoluta autonomía, ponderé sobre todo que me gustara y que tuviera buena vibra. A una cuadra de avenida Revolución el edificio con interesante personalidad, me hacía recordar las películas de Mauricio Garcés.

El suelo de parquet lisito y brillosito me recordaba el departamento en el que crecí. Para poder llenar la estancia recibí de regalo un sillón blanco enorme de segunda mano que, aunque estaba manchadito, era cómodo y mullido. A juego una mesa de centro con base de mimbre y cubierta de vidrio serviría para poner bocaditos cuando recibiera invitados a este primer departamento, solo mío. La alacena formada con tablas de madera desnuda contrastaba con otros elementos del espacio. Cuando fui al súper por la primera compra para el nuevo espacio, con todo cariño, elegí mi primera cortina de baño. El dibujo enorme de un

rascacielos en blanco y negro me dio la bienvenida a la ducha por un año.

Acababa de cambiar el siglo y todavía recibí, a mis casi 29 años, preguntas y críticas sobre el riesgo moral de que yo, después de llegada la comezón del séptimo año a la unión legal que me sacó del hogar familiar, recién separada, me fuera a vivir sola.

Aquel domingo aún no sabía que ese espacio mío, rentado con el sueldo de mi trabajo, vendría acompañado de la consecuente y lógica llegada de muchas otras primeras veces.

### Epíloga

Qué difícil elegir una primera vez ¿cuál será la más significativa o la más importante, o la más terrible, o la más gozosa?

Ya tenía en mi haber varias primeras veces: ya me había casado una primera vez, había viajado sin mi familia (que no sola, eso vendría después); me había divorciado la primera vez. . . *aparece en mi rostro una leve mueca mientras escribo esto.*

Hoy elegí la primera vez que viví sola. Después se me quitó el miedo, y viví sola tres veces más.

MARÍA INÉS CANTO

## EL LENGUAJE DEL FUEGO

Las cocinas tienden a estar adentro de las casas. Algunos dicen que son el corazón donde se reúnen las mujeres para contarse los secretos de arroz y los remedios para el aborto. Aquí, en los Estados Unidos, donde vivo desde hace 16 años, eran espacios ocultos en los años 60: una puerta las dividía de la sala y el comedor. Ahora las venden como la parte central de las nuevas construcciones: “*Open floor concept. Great for entertaining!*” No sé muy bien si es por la crisis de vivienda y de espacio, o por la venta de una ilusión posible en este mundo post capitalista: tener tiempo para cocinar y sentarse a disfrutar un plato de sopa o un café.

Estados Unidos es el país que produce más basura en el mundo: empaques interminables de comida para llevar; el sandwich en su contenedor de plástico para antes de la escuela; la cajita que guarda la mitad de la cena gigante que se sirve en los restaurantes, o los vasos blancos de cartón laminado en plástico para el café.

Esta es mi realidad y esta es mi memoria.

Mi primer recuerdo en la cocina fue al fondo de la casa de Doña Aidita y Don Alonso, los carniceros del mercado en el pueblo de Calkiní, Campeche. Calkiní significa “garganta del sol” en maya. Está muy cerca de la frontera que divide los estados de Campeche y Yucatán. Exactamente a una hora y ocho minutos de la ciudad de Mérida y el

puerto de Campeche. Un punto medio entre las dos ciudades. Mis padres se fueron a vivir a este pueblo cuando yo tenía seis meses, así que ahí aprendí a hablar y a caminar; también a leer y a subirme a los árboles. Ellos son médicos y abrieron un consultorio muy cerca del mercado del pueblo.

Mis primeros pasos se dieron en esa calle donde toda la vida ocurría por las mañanas: las compras del almuerzo, la salida de la escuela y las conversaciones que iban y venían entre los venteros y comerciantes. Mi mamá tenía la costumbre de hacerse amiga de mujeres mayores con alguna enfermedad terminal y se encariñó inmediatamente con Doña Aidita, quien se sentaba desde muy temprano en la puerta de su casa a tomar el sol de la mañana.

Eran los años ochenta y, aunque mi madre había salido con mejor promedio de la Facultad de Medicina y con una tesis sobre neurosis, a mi padre no le pareció bien que compartieran el consultorio. Así que nos pasábamos la mañana en la banca aledaña a la de Doña Aidita; yo tendría unos cuatro años. Mi madre la miraba con mucha curiosidad y con un dejo de muerte. Era muy delgadita para ese abdomen enorme que le comía la vida a cada hora. Tenía cáncer terminal en el estómago. Yo no sabía qué era el cáncer ni que la palabra “terminal” era sinónimo de muerte. Cuando Doña Aidita ya no pudo salir más a la puerta, desde la cual mi madre y ella me decían “adiós” mientras Don Alonso me daba vueltas en su bicicleta, todas entramos a ese hogar que tenía como primera pieza la tradicional casa maya en elipsis con dos hamacas colgadas que se miraban de frente.

Fue ahí cuando apareció Julia, la mujer que vendía sus recados en el puesto de carnes de Doña Aidita y Don

Alonso y que también cocinaba para ellos por las tardes. Mi madre y Doña Aidita desarrollaron su propio ritual de verse de reajo mientras cada una, acostada en su hamaca, pateaba la pared para mecerse y no parar de hablar de cosas que ya no recuerdo. A veces reían; otras, suspiraban. Cuando llegábamos a visitar a doña Aidita, no me detenía, atravesaba toda la casa hasta llegar al fondo y dar con la cocina, una pieza hecha de concreto y de mampostería con tejado de guano; esas palmas secas que bien amarradas, permitían el paso del aire y le hacían frente a ese calor raja piedras de la península, ahora más extremo por el cambio climático. En la cocina había una puerta que daba a una palapa en donde encontraba a Julia sentada en el piso frente a su comal sostenido por tres piedras.

Julia era una mujer maya cuyo perfil, tiempo después, reconocí en los bajo relieves de los templos. Tenía el pelo negro y lacio, recogido en un chongo con una peineta. Siempre usaba su hipil con bordados de flores o pajaritos que le hacía su abuela. Julia no tenía hijos y tampoco vivía con su madre, a quien visitaba los sábados por la tarde. La habían criado los carniceros del pueblo porque ellos no podían tener hijos y cuando Julia cumplió 15 años, se hizo su propia casa maya en medio del patio de la casa. Ella me enseñó a contar dinero y a escuchar el crujido de las pepitas que tostaba para vender al otro día. También me enseñó que después de su comal, su anafre y su batea, estaba el patio. Un lugar al que no podía pasar si antes no pedía permiso. Así fue como aprendí a pararme en el límite de las dos columnas que sostenían la palapa y preguntar en voz alta:

—¿Puedo pasar?

—¿Qué te contestaron?

—Nada. No escucho nada. ¿Puedo pasar?

Me recuerdo apoyada en una de las columnas y no escuchar nada.

—Cuando te contesten lo vas a sentir en el estómago. Agárrate la panza. Del lado izquierdo va a llegar la respuesta. A veces va a ser “sí” y otras veces, “no”. Es muy claro. Y debes respetar la respuesta.

Unas veces pude pasar y otras, no. Su casa en medio del patio siempre me dijo que “no”, pero el árbol de mandarina y el árbol joven de ramón me contestaron que “sí” cuando les preguntaba si me podía subir a ellos.

Ella también me enseñó otras cosas, como sentir la temperatura exacta del comal para asar tomates o soplarle al fuego para avivarlo.

Nos fuimos del pueblo cuando yo tenía 5 años y antes de que Doña Aidita muriera. Julia no quiso despedirse de mí. Me gritó desde la puerta de la cocina: “Ahí nos vemos”. A mi mamá le escurrían las lágrimas sobre el abdomen inmenso de su amiga-mamá.

Hoy, lejos de donde nací y aprendí el lenguaje del fuego, tuesto las pepitas de calabaza y espero a que la sal en grano y las hojuelas del chile habanero, conseguidas en una tienda de importación en el *Pikes Market* de Seattle, se tuesten y ennegrezcan al punto de recibir media cucharadita de aceite de aguacate para impregnar las pepitas que están tiritando de calor.

MIRANDA CAMPOS

## MI PRIMER CAMBIO CORPORAL

En los libros de texto te enseñarán —o ya te enseñaron— sobre los cambios corporales que las mujeres atravesamos. Posiblemente, y muy diferente a como yo lo viví, podrás contrastar esta información en redes sociales gracias a ginecólogas, psicólogas y doctoras que abordan estos contenidos. Puede que aprendas, antes de lo que yo lo hice en mi tiempo, sobre toda la diversidad que no se nombra cuando se habla de “el cuerpo de una mujer”: la diferencia de tipos de pechos, caderas, los ciclos menstruales, vulvas, razas y sobre cánones de belleza; veo más apertura para describir nuestra corporalidad como caótica, poco estudiada, sucia, y muy ajena a las narrativas de flores, pulcritud y delicadeza asociada cotidianamente a nosotras. Me da gusto, porque somos muy rudas y resistentes, y no tiene nada que ver con la potencia de nuestros músculos ni la cantidad de testosterona. Esto lo descubrí tras mi primer cambio corporal.

Tomaré unas líneas para distinguir que lo dictado por la biología es un parámetro para hablar de cambios corporales, existen otros factores que te llevarán a cambios durante tu vida; en ocasiones tú los provocarás y en otras, como en mi caso, solo ocurrirán y no habrá cómo evitarlo.

Yo crecí como una adolescente un poco aislada. Batallaba —porque eso me enseñaron que se hacía— con sobrepeso, pero, me sentía muy fuerte, hacía mucho ejercicio: karate, yoga, corría 10 km, nadaba, y practiqué muchos

más deportes; en mi último año de preparatoria solo me concentré en bajar de peso, y lo logré. Pero cuando me fui a otro estado a la universidad dejé de ejercitarme y comía lo que podía. Cuando se rompió mi fémur, pensé que el colapso había sido porque había dejado de hacer ejercicio, más el sobrepeso. Nadie sabrá cómo se desencajó mi rostro cuando me dieron la noticia, porque los médicos que me informaron no me dirigieron la mirada, solo vieron mi placa de fractura, me dijeron el diagnóstico y se marcharon. Tenía 21 años cuando me enteré del tumor en mi pierna.

Pasé años muy complicados, con poca movilidad, hasta que pude acceder a una prótesis de titanio en el 2016, hoy la sustituta de mi fémur enfermo. Todas las dificultades de aquellos años fueron acompañadas por el diagnóstico de una metástasis pulmonar y mi muy escondido desprecio hacia todo esto. No vengo a escribirte que no te quejes de las dificultades que puedas experimentar ahora porque hay gente “que la pasa peor que tú” o hemos vivido más dolor, no te diré “échale ganas” y vive cada momento al máximo, nunca sabes lo que podría pasar. Para hacer todo más romántico ya tienes las redes sociales (aunque si puedes, sí, vive todo al máximo y con precaución). Quiero compartirte en este texto esta verdad, solita, sin flores: tu cuerpo puede cambiar más allá de la biología. Desde los contextos de enfermedad se habla muy poco de esto. Supongo que habrás escuchado la frase de “lo importante es que haya salud”, y sí, pero tenemos miles de mujeres existiendo en un estado de no-salud, si lo pudiéramos llamar así, a la espera.

De los cambios repentinos en el cuerpo se habla en susurros, rara vez se nombran, porque pareciera una manera de “atraerlo”, “manifestarlo” o incluso lo contagiamos,

es incómodo para muchos; se entiende el miedo porque nadie, que no nació con limitaciones corporales —quiero acotar que quienes nacieron con una discapacidad podrán tener una experiencia muy distinta a la mía — quisiera estar en una situación que limite su movilidad, su interacción con otros o atravesar una enfermedad crónica más agresiva. Sin embargo, es importante dejar abierta esa puerta, con el dolorcito y miedo incluido; es una posibilidad para ti y para las demás personas que te rodean. Todas y todos estamos en riesgo de enfermarnos o adquirir una discapacidad.

Me hubiera gustado tenerlo más en cuenta. Tal vez eso no me hubiera hecho sentir tan valiente como para ignorar mis síntomas. Tal vez después de sentir la vida rota hubiera tenido una plática franca con mis amigas sobre la tristeza, en vez de forzarme a mantenerme feliz para no molestar a nadie. Tal vez no me hubiera tardado tantos años en dejar de pensar “si pudiera caminar normal de nuevo, si pudiera hacer las cosas normal de nuevo”. ¿Qué es ser normal?, ¿cuáles son los cuerpos normales? Era joven, entonces ¿por qué no ver lo que pasó como una aventura más?, ¿una nueva fase en mi vida? Le inyecté optimismo. Sí me ayudó, con todo, pero también tuvo sus consecuencias.

Los cambios corporales siempre son oportunidades para expandirnos, o eso dicen algunos. Si cambiamos nuestro peso, nuestro aspecto, nuestro maquillaje, cabello, nuestro vestir, ¿es como empezar de cero, no? Pero, ¿pasa lo mismo con una discapacidad? No. Sientes cómo todo se detiene un poco, y aunque encuentres, como yo, segundas oportunidades médicas para intercambiar huesos enfermos por metal, la sociedad no le da otra oportunidad al

cuerpo; aún alegre y maquillada, por el hospital, experimenté un profundo sentido de aislamiento del que me costó mucho salir. Lo atribuyo ahora, como mujer adulta, a la falta de representación o diálogos con mujeres de mi edad: conviví con muchas mujeres con cáncer de seno u otros cánceres que no limitaban su movilidad; tampoco me topé con muchas mujeres jóvenes, entonces hablar del novio, de si acabaría o no mis estudios, mis padres, el futuro, eran temas que abordé de otra manera, los procesé como pude.

Navegar por redes sociales para intentar distraerme después de mi primera cirugía fue un suplicio porque ya nadie se parecía a mí ni yo a nadie. No encontraba un caso similar al mío. Me dediqué a ver personas luchar por su sueño de ser cantantes en *X factor* por meses; vi *Dance Moms*, un reality de televisión estadounidense donde madres e hijas intentan sobrevivir a una maestra abusiva que intenta “sacar lo mejor de las bailarinas”. Después veía un programa de cocina con otro reconocido presentador violento, Gordon Ramsay, quien atormentaba a gritos a dueños de restaurantes en un intento por comprobar si podían sobrevivir a sus críticas y desplantes. El mundo del baile y el gastronómico pueden ser muy violentos, y lo que yo vivía en el hospital me hizo resonar con ellos. Estaba sobreviviendo también a unos bailes ortopédicos, burocráticos, y expectativas que cocinaban unas ganas grandes de gritar que jamás liberé.

Muchos espacios son violentos cuando el cuerpo no hace lo que debería, en el escenario, en la cocina, en el día a día, y nos lleva a un constante cuestionamiento de: ¿qué está mal conmigo, por qué falló, por qué mi cuerpo no hace lo que le digo? Y hundirse en ese camino de achacarle todo al cuerpo es fácil; cuando tienes una

enfermedad o discapacidad visitas esa calle más seguido y, a veces, en esos pensamientos nos ponemos bajo algún farol para tener un poco de luz. Mi mamá, mis amigas y mi pareja fueron boyas que me ayudaron a flotar en el inmenso mar de incertidumbre hospitalaria así como en mis decisiones televisivas.

Quiero dejar en palabras, la esperanza inmensa, oculta, que encontrarás en las redes de cuidados, un tema poco abordado. Habla de cuidados, procura tus cuidados y el cuidado de las personas que amas. Yo no tenía nada de eso en mente y aún así agradezco todos los días de mi vida a todas las personas que me han regalado su tiempo, recursos o esfuerzo por cuidarme y mantener este cuerpo parchado en funcionamiento. Porque no solo trabajaron en mantener mi cuerpo vivo, sino también mi cerebro y mi corazón latiendo con un propósito más allá del de esperar al siguiente diagnóstico, al siguiente desbalance.

Sé que tal vez en la adolescencia, cuando una está intentando descubrirse, pudiese sonar muy adulto esto de los cuidados, pero créeme que no. Traducido en otras palabras: haz amigas. Más allá de las diversiones, de si salen o no mucho, si hay dinero o no, sé que pudieran seguir años de más desencuentros, que posiblemente las amigas se marchen y lleguen otras pero, no dejes de intentar hacer amigas. Sé respetuosa, sé recíproca, empática, cuidadosa. Me gustaría decir que como ya lo nombré soy el hada madrina que puso todas estas cualidades en ti solo por leerlo. La verdad es que ser todo lo enlistado requiere su tiempo, trabajo, e incluso su error, un esfuerzo que vale muchísimo la pena.

Haz redes y habla de cuidados, si tu cuerpo pierde su *funcionalidad* —lo cuál traería muchas complicaciones,

porque todo en nuestro mundo está hecho para la normatividad—, necesitarás recordar que eres muchísimo más que un cuerpo, y ante un escenario de cambio físico abrupto, de bajones emocionales, de no verte representada, de frustración, miedo, incertidumbre, son tus amigas, tu familia (si eres cercana a ella), tus vínculos íntimos, los cuidados depositados en ti, los que mantendrán viva tu memoria, tu presente y tu futuro mientras te ajustas a tu nuevo cuerpo en caso de un cambio. Y también sería muy bonito que pudieras crear relaciones recíprocas de cuidados en las que, si tú no eres quién cambia o enferma y lo es una amiga o un familiar, puedas estar ahí para apoyar.

Una antropóloga, a quién describen como “antropóloga feminista”, Margaret Mead, consideró como el primer signo de civilización en una cultura antigua la evidencia de un fémur cicatrizado. Hace miles de años alguien se fracturó y alguien esperó a que sanara: un signo solidario en una comunidad. Cuando me enteré de eso pensé “sí fuimos”, porque fui la del fémur roto y mis vínculos fueron ese acto solidario, en su espera paciente a mi recuperación las palabras comunidad, solidaridad, tuvieron más sentido para mí.

La sociedad nos empuja a vidas más individualistas, eso parece, pero deja siempre un espacio para hacer vínculos fuera de la virtualidad, más allá de compartir, dar *like* por una causa o por alguien. La enfermedad, la discapacidad, es una variable que existe muy latente, y un apoyo tangible de tareas de cuidados es muy valioso; no se trata de vivir con miedo, porque pensar en la posibilidad de enfermarnos activa algo muy vulnerable en nosotros, sino de saber que, si llega a pasar, podremos arropar a quien necesite sanar y esperar eso también para nosotras.

Si estás atravesando por cambios corporales —relacionados o no con la enfermedad— te mando un abrazo grandote. Siempre nos saca de sitio porque nos hace sentir extrañas en este cuerpo que habitamos, pero, pide ayuda, háblalo con alguien, busca a más personas como tú. Yo decidí buscar un poco y he encontrado a mujeres y comunidades discas muy amorosas que luchan por visibilizar los derechos de esta comunidad, o por hablar cada vez más de la importancia de los cuidados; recuerdan constantemente nuestra existencia, la de mujeres que habitan en cuerpos no-sanos y que no por eso la vida ha perdido sentido de ser vivida. Vivimos a otro ritmo, de otro modo, con sube y bajas emocionales y físicos, pero vivimos. Rudas y resistentes, suavécitas, frágiles, enfermas, enojadas, cambiantes, felices, resentidas: redefiniendo palabras e ideas sobre cómo entre el dolor que pudiéramos sentir, guardamos siempre un espacio para querer mucho a nuestra cuerpa.

Tu cuerpa es tu casita, cambiante o estática, no dejes de quererla mucho, no importa cuánto cambie en el curso de tu vida, tú quiérela y ella te mostrará el camino.



## **AUTORAS Y COLABORADORAS**



ANA LAURA CORGA

**FB:** @analau.corga

**IG:** @analau\_corga

Nací en la Ciudad de México en 1989, actualmente radico en el Ajusco Medio de la Alcaldía Tlalpan. Estudié Ciencias Políticas y Administración Pública en la UNAM. Co-coordino *Especulativas*, colectiva donde imaginamos lugares mejores para las mujeres; soy parte del equipo creativo, editorial y de gestión cultural. También soy integrante del Comité de Matriarcadia del *Imaginarías*. Premio Nacional para Mujeres Cuentistas de Ciencia Ficción. He publicado cuentos, relatos y pensares en *Notas Sin Pauta*, *Círculo Literario de Mujeres*, *Enpoli*, *Cósmica Fanzine* y *Especulativas*. Para sobrevivir económicamente, también me dedico a coordinar proyectos que evalúan gobiernos municipales.

ANDREA GONZÁLEZ CRUZ

Estudié Letras Hispánicas en la UNAM. Soy escritora, editora y traductora. He impartido y cursado talleres de escritura en espacios para mujeres, sobre temas como: teatro, ciencia ficción, cine y ginecología natural. Mi principal interés es la lectura de teoría literaria, los métodos de escritura y la literatura especulativa, y también hago lecturas de tarot y oráculos e investigo el sagrado femenino y las diosas. En mis tiempos libres tomo clases de piano y tejo. He publicado textos, cuentos y minificciones en varias antologías y revistas, y he sido parte del equipo editorial de *Nosotras*, *Siniestras* y *Fantásticas*, todas editadas por *Especulativas*. Gané una mención honorífica en

el Premio Nacional para Mujeres Cuentistas de Ciencia Ficción Imaginarias 2022. Mi último trabajo fue para la editorial canadiense PepperBerry Publishing, escribiendo historias y haciendo marketing; mi primera novela gráfica publicada por esta editorial se titula *Where The Days Repeat Endlessly*.

ÁNGELES SANLÓPEZ

IG: @angeles\_sanlopez

Nací el 21 de marzo de 1988 en Chimalhuacán, Estado de México. Soy aprendiz entusiasta, historiadora, escritora, editora, acompañante de aprendizajes mutuos, activista literaria y estudianta de doctorado. He publicado cuentos, relatos y textos académicos en medios digitales e impresos. Con «El llamado» obtuve una mención honorífica en el XXXIX Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción (2023).

Tengo experiencia en la coordinación de proyectos colaborativos digitales y actualmente co-coordino *Especulativas* e *Histórikas*, espacios en los que organizo círculos de lectura, cursos y talleres. Escribo por gusto, placer y necesidad.

ANILU ZAVALA ALONSO

Soy mujer derivante, amante de letras y buscadora de narrativas. Tallerista. Hija y nieta de Luisa. Mamá de Matías. Gestora cultural. Fundadora de la comunidad *Somos Disruptivas*. Mis textos han sido publicados en diversas antologías y plataformas digitales. Conductora del programa

semanal *Somos Disruptivas Radio* y comentarista en *Las Personajas*, ambos en Violeta Radio 106.1 FM CDMX. Tímida practicante de StandUp Feminista con la rutina #malamamá. Habitante asombrada de la ciudad. Incómoda e incomodante. Estudiante y aprendiz perenne.

BELEN CARVENTE

IG: @decibelsilente

Nací en el norte del DF en 1987 y vivo en el oriente de CDMX. Egresada de la Escuela Feminista Comunitaria de Creación Literaria, soy Astrofísica, escritora, comunicadora pública de la ciencia y compa de seis gatos. He publicado en *Ingrávida Fanzine 4* y en espacios virtuales como *Enpoli* y *Especulativas*.

BELEM ESLAVA

CDMX. Estudie robótica industrial en el IPN y fotografía en el IPBA de San Luis Potosí. Soy especialista en energía fotovoltaica y lectora ávida de géneros especulativos. Mis cuentos se han publicado en las revistas *Espejo Humeante* y *Penumbria* así como en las antologías: *Siniestras* (2022) de la colectiva *Especulativas*, y *Liminales II* (2023) de la editorial Casa Futura.

CLAUDIA FERNÁNDEZ

**Blog:** <https://unainstantanea.blogspot.com>

**Blog:** <https://palabraunica.wordpress.com/>

**IG:** @claudiafernandezmex

Nací en Toluca, Estado de México. Soy escritora y traductora. Publiqué los poemarios *Nada eres* (2018) y *Tiricia* (2019). He colaborado en diferentes revistas literarias de México y del extranjero. También me dedico a la docencia de literatura y lengua francesa.

DANIELA CABALLERO

Nací y crecí en el norte de la Ciudad de México. Soy feminista en aprendizaje y desaprendizaje constante. Hija, hermana y tía también en aprendizaje. Soy admiradora de mis amigas y sus increíbles proyectos. Me entusiasma el trabajo hecho por mujeres y la literatura escrita por mujeres. Profesionalmente, he colaborado en agencias de marketing digital y en sociedad civil creando y gestionando contenidos. Mis textos de ficción y no ficción han sido publicados en espacios digitales como *Especulativas*, *Círculo Literario de Mujeres*, *Feminopraxis*, *Enpoli* y *Sonámula*. Publiqué un ensayo en la antología “*El feminismo me jodió la vida. . . y después me salvó*” (2022) del *Círculo Literario de Mujeres* en colaboración con *Corda Ediciones* y publiqué un cuento de terror en la segunda antología de *Especulativas*, titulada *Siniestras. Antología de cuentos de mujeres que incomodan* (2022). Soy autora de la auto publicación *Espacios Oníricos* (2024).

## DAVID CRUZ GALICIA

Soy desarrollador de historias y software. Estudié Matemáticas en la Facultad de Ciencias de la UNAM. He colaborado con Especulativas en el diseño y formación editorial de las antologías *Nosotras*, *Siniestras* y *Fantásticas*.

## JIMENA DE LOS SANTOS ALAMILLA

Bruja Hecateana, llegué a este mundo cobijada por el sol en libra. Originaria de Mérida, Yucatán. Licenciada en Literatura Latinoamericana por la UADY y Maestra en Estudios de Género por El Colegio de México. Actualmente trabajo como guardiana de un acervo especializado en estudios sobre las mujeres y la diversidad. Coordino el club de lectura y escritura Hilanderas. Pese a mi timidez, me gusta conducir y hablar en podcasts.

Durante muchos años me declaré exclusivamente como lectora, aunque siempre me ha gustado crear historias. No fue sino hasta que me encontré con grupos de lectura y escritura para mujeres, con el acompañamiento de amigas y hermanas, que pude nombrarme escritora. Escribo narrativa y recientemente he estado aprendiendo Kamishibai. Formo parte de las colectivas *Ya no somos invisibles* y *Despeinadas*. Algunos de mis textos han sido publicados en: *Especulativas*, *Espejo Humeante*, *Diccionario Biográfico de Mujeres* en El Colegio de México. Me encanta hacer reseñas sobre vestuarios en series y películas.

KENIA SARAHÍ LARA (YELLOWPUFFLY)

IG: @yellowpuffly

Soy ilustradora Xalapeña, licenciada en Artes Visuales y Diseño de la comunicación visual por la Universidad Veracruzana. Mi trabajo de ilustración, mayormente digital, ilustra mundos fantásticos, temáticas feministas y *bodypositive*. He trabajado en diferentes proyectos como "carteles libres", *Manual Antirracista para infancias*, *Breves historias de mujeres cambiando la educación*, etc. Busco visibilizar y dar color a temáticas sociales.

LAURA VALENTINA MEDEL DELGADO

FB: @Miaujoon

IG: @lauw\_meow

Nezahualcóyotl, México, 1992. Soy escritora de ensayo y otros géneros literarios. Ilustradora. Editora. Estudié la licenciatura en Filosofía en la FFyL de la UNAM. También soy profesora de Análisis de Textos Literarios y tallerista de Creación de Textos Literarios en el Centro Regional Cultural Casa del Constituyente, en Texcoco. En Grupo Quirón: Filosofía para Adultos Mayores, me he desempeñado como tallerista de escritura autobiográfica. Mis colaboraciones literarias y visuales más recientes incluyen participaciones en diversas antologías digitales de minificción: "Contra toda violencia" (Kañy, Argentina), "Huellas de la memoria" en *Revista Brevilla*, Chile, y "Mutaciones" (Eos Villa, Argentina); así como en las antologías físicas *El muro desaparece cuando nosotras escribimos* volúmenes I, II y

III, editadas por las editoriales mexicanas independientes Lluviedad y Plumas de Lesbos. Soy colaboradora frecuente en espacios virtuales como Especulativas, Salidas del Tintero y Enpoli. Próximamente será publicado el primer Diccionario Filosófico escrito exclusivamente por mujeres, integrantes de la Red Mexicana de Mujeres Filósofas, en el cual he colaborado como autora.

#### MARGARITA RIVERO

Soy contadora de profesión y sin ninguna formación literaria, me inicié en la escritura en 1992 con colaboraciones semanales en las páginas de *Diario de Yucatán*, proyecto en el que participé durante unos 15 años. La vida diaria con sus sabores y sinsabores, las aventuras con los hijos y los recuerdos de mi propia niñez en mi natal Maxcanú.

Tras una larga temporada de silencio, un inesperado y afortunado encuentro con Hilanderas me reconectó con el mundo literario y me inyectó nuevos bríos para retomar la pluma.

#### MARÍA INÉS CANTO

**IG:** @mariainescanto

Mérida, Yucatán, 1981. Soy feminista, profesora y Doctora en Lenguas y Literaturas Hispánicas (2016) por la Universidad de California, Santa Barbara. Actualmente, investigo la producción contemporánea de dos grupos de teatro que recuperan la historia política e indígena de las mujeres del estado de Yucatán durante los siglos XIX y XX.

## MARÍA JESÚS MÉNDEZ SALAZAR

Nací en 1980 bajo el sol en sagitario, aprendí a programar a los 11 años y esto fue un *plot twist* en mi historia para elegir una carrera en el rubro de las Stem, ahora soy Ingeniera en Electrónica y trabajo en telecomunicaciones. En 2010 empecé a tomar talleres de escritura, también a coordinar clubs de lectura (Leer por placer) y a participar en encuentros de escritores. De esa etapa tengo textos publicados a los que les tengo mucho cariño. En 2020 conocí Matria Literaria, de nuevo un giro, ya que encontré un espacio para hacer comunidad con otras mujeres.

De ese vínculo nació Despeinadas colectiva de 6 escritoras amigas y casita de #Novenasde12.

Actualmente, coordino Días por días junto a Matilda Ro, que es un espacio para fomentar la lectura y el trabajo de mujeres que admiramos (también es Sala de lectura) ahí mantenemos una comunidad llamada Miradas Violetas para leer la vida y compartir con otras mujeres que como nosotras amamos la chisma.

## MAYRA ESCAMILLA

**FB:** @ Mayra Escamilla

Nací en el sur de la Ciudad de México en 1987. Estudié Letras Modernas Inglesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y me dedico a la docencia del inglés como lengua extranjera desde 2010. Soy entusiasta de las narrativas breves, exploradora de las posibilidades en la ficción y coleccionista de anécdotas. Mis cuentos y minificciones han aparecido en diversas antologías físicas y digitales. En

2022 me uní como co-coordinadora a *Especulativas*, espacio dedicado a la difusión de la obra de escritoras en los géneros fantástico, terror y ciencia ficción. Además, formo parte del Comité de Matriarcadia que organiza *Imaginarías. Premio Nacional para Mujeres Cuentistas de Ciencia Ficción*.

MIRANDA CAMPOS

X: @titaniumamazon

IG: @titaniumamazon

TT: @titaniumamazon

Nací en la Ciudad de México en 1993, desde hace muchos años radico en la Península de Yucatán, actualmente en Cancún. No me considero de ningún lugar, solo mexicana. Comunicóloga Social que se dedica al marketing digital, creación de contenido. Soy mujer con discapacidad desde hace 10 años. Me interesan los temas en torno al cuerpo, dolor, cáncer, sexualidad, erotismo y diversidad funcional.

He escrito en medios como *Revisa Nexos*, *Punto de Partida*, *Círculo Literario de Mujeres*, *La Desvelada MX*, *Página Salmón*, *Soflama–Gabinete de Ensayos*, *Especulativas*, *Sonámbula*, *Malvestida* y *Somos Violetas*. He sido publicada en las siguientes antologías: *[Sobre] vivir*, *Hilando Historias* (2023), *Sigo siendo una Power Ranger Antología de poesía disca/enferma Vol. 1* (2024) y *Fantásticas: Antología de cuentos que acuerpan* (2024). Participo en talleres literarios de forma virtual, pertenezco al proyecto “Usted está aquí: cartografía de mujeres enfermas”; como gestora cultural soy parte de la colectiva *Despeinadas* y ocasionalmente gestiono círculos de lectura para mis amigas. Me describo como Amazona de titanio y cada día escribo un poco más.

## NANCY MEDELLÍN

Monterrey, México. Escribo poesía, ensayo y narrativa. Tengo estudios formales en administración y psicología laboral y positiva. He publicado reseñas literarias, narrativa y poesía en revistas y medios digitales como *Hipérbole Frontera*, *Voz del Narrador* y *Anfibias Literarias*. Formo parte de las antologías poéticas *Representar lo femenino* (UNAM, San Antonio) y *La Bestia Indócil* (Ediciones Morgana). Fui seleccionada en el concurso de poesía 2024 de FENALEM (Feria Nacional del Libro de Escritoras Mexicanas) para publicación de Antología 2024. Mis textos siguen en proceso de construcción, entre ellos mi libro *Ultramar*.

## NATYELI ADRIANA MONTIEL ALGREGO

Nacida en 1988, en Tlaxcala, donde actualmente vivo, estudio y trabajo. Estudié la Licenciatura en Educación en la Universidad Pedagógica Nacional y la Maestría en Innovación Educativa en la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla. He dedicado la mayor parte de mi vida a la docencia en el nivel primaria, aunque también he trabajado en preescolar, secundaria y bachillerato. He tomado diversos talleres de narración oral y participado como mediadora en la sala de lectura Ajolectores, además de coordinar círculos de lectura y de estudio para docentes de educación básica.

La lectura ha sido la manera en la que interiorizo mi existencia y al mismo tiempo la sobrellevo; leer para existir, para pensar, para ser.

## OLIVIA CARMONA HERNÁNDEZ

Nací en la Ciudad de México, en junio de 1982. Ex habitante de la periferia oriente de la ciudad, actualmente radico en Italia. Colaboro con entidades del tercer sector, me ocupo de educación intercultural y antirracista.

Mis relatos «Frisol» (2020), «Mare Nostrum» (2021) y «Come le api» (2024) se encuentran publicados en Italia en *Lingua Madre*, *Racconti di donne straniere in Italia* (Edizioni Seb27). En México, mis textos han sido publicados en diversos medios digitales. Mi cuento «La Extranjera» está incluido en *Siniestras. Antología de cuentos de mujeres que incomodan*, (Especulativas, 2022). Algunos de mis microrrelatos aparecen en *El futuro en 100 palabras* (Universidad Iberoamericana León, 2022) y *Microrrelatos feministas* (Universidad de La Rioja, 2023).

## RAQUEL HOYOS

Nací en Puebla, en 1986. Soy escritora, feminista y coordinadora de talleres de escritura creativa. Licenciada en Lingüística y Literatura Hispánica. Actualmente, curso la maestría en Género y Estudios Feministas.

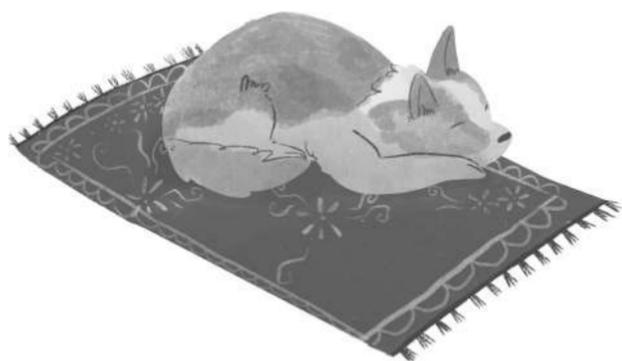
Autora de tres compilaciones de cuentos: *Maldita*, *El lado equivocado* y *Ante la futura metamorfosis*.

YURI BAUTISTA

**FB:** @sonambula.escritura

**IG:** @sonambula.escritura

Nací en Morelia, Michoacán, en 1986. Escritora, tallerista, profesora y editora. Soy fundadora y coordinadora del proyecto *Sonámbula*, el cual promueve y difunde la escritura de mujeres. Formo parte de la colectiva *Bisontas Escribiendo*. Fui una de las ganadoras del primer concurso de poesía de la Feria Nacional del Libro de Escritoras Mexicanas en 2023. Soy licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas. Algunos de mis textos han sido publicados en diversas antologías, entre las que destacan: *Siniestras: Antología de cuentos de mujeres que incomodan* (Especulativas, 2022), *Hechas de letras. Antología de escritoras en Morelia* (Tait, 2023) y ganadoras del *Primer Concurso de Poesía FENALEM* (Ediciones Morgana, 2023). He participado en espacios virtuales como *Especulativas*, *Espejo Humeante*, *Revista POPSI* y *Revista Hestia*. Colaboro periódicamente en el programa *Voz Mujer* con Betty Villicaña, de Radio Nicolaita. Mi novela *Nube* fue premiada en la categoría de narrativa en el concurso Palabras de Colibrí, convocado por la Secretaría de Cultura de Michoacán en 2024.



# MI PRIMERA VEZ

Historias de mujeres en carne propia

se terminó de editar  
el 20 de enero de 2025.

La obra se imprimió en enero de 2025,  
gracias al acompañamiento de  
la querida Ruth Miraceti Rojas  
en *Casa de Hydra Editores*,  
ubicada en Andrés Cholula, Puebla.  
Teléfono de contacto: 222 569 6482.

Para su formación se utilizó Scrivener,  
una herramienta que permitió  
la organización y el marcado del contenido.  
La composición final se realizó con  $\text{\LaTeX}$   
y se utilizó la clase KOMA-Script Book  
con las familias tipográficas  
Palatino y Avant Garde.